

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE CIENCIA POLÍTICA
Tesis Licenciatura en Ciencia Política

Memorias de platería criolla: usos políticos de la historia en la creación del Museo del Gaucho

Javier Suárez
Tutor: Aldo Marchesi

2018



Ciencias Sociales
Universidad de la República
URUGUAY

**Ciencia
Política**

Memorias de platería criolla

Usos políticos de la historia en la creación del Museo del Gaucho

Monografía de grado

Licenciatura en Ciencia Política



Javier Suárez

Prosua23@adinet.com.uy

Tutor: Aldo Marchesi

Montevideo, Diciembre de 2018

Agradecimientos:

A la lectura atenta y el comentario oportuno de Aldo Marchesi.

A las autoridades y funcionarios del Banco República por su amable disposición.

A todas las memorias requeridas por su generosa colaboración.

A los fieles “querubines” de los materiales consultados en las diversas bibliotecas.

A mi madre por tener siempre presente el valor del estudio y la trascendencia del trabajo.

A Isabel por su compañía, y a Lautaro por suministrar la fuerza del diario vivir.

Ilustración de carátula: Foto y diagramación propia sobre el Museo del Gaucho. En primer plano: *El peón de estancia* (1932) del escultor Federico Escalada. El mismo se encuentra también, a modo de monumento, a la entrada del predio ferial de la Asociación Rural del Uruguay en el Prado.

Índice

1. Introducción

1.1 El gaucho político.....	4
-----------------------------	---

2. El debate teórico

2.1 Un pasado siempre presente	8
--------------------------------------	---

2.2 Lugares de la memoria	10
---------------------------------	----

2.3 La plaza criolla	12
----------------------------	----

3. La tradición en los conservadores

3.1 Etiología de un ideomito.....	14
-----------------------------------	----

3.2 El orden y la autoridad en el novecientos.....	19
--	----

3.3 Nuevos brillos para un dogma aquilatado	24
---	----

4. El discurso militar

4.1 La herencia autoritaria	26
-----------------------------------	----

4.2 Algo nuevo bajo el sol	29
----------------------------------	----

4.3 Un año oriental	30
---------------------------	----

4.4 El uso del gaucho.....	33
----------------------------	----

5. El museo

5.1 Las vitrinas del pasado	36
-----------------------------------	----

5.2 La peregrinación de una colección	37
---	----

5.3 Se levanta un nuevo altar.....	39
------------------------------------	----

5.4 Una muestra al estilo precolombino	48
--	----

5.5 El cambio.....	52
--------------------	----

6. Reflexiones finales	56
-------------------------------------	-----------

7. Bibliografía	60
------------------------------	-----------

1. Introducción

“Un país es una tradición y un proyecto. La tradición se está ahí quietecita y poco, en ocasiones nada, tiene que ver con las celebraciones que se le consagran (...) Vive en el aire que se respira, en la tierra nutricia, en las palabras que se emplean, en las creencias y los mitos, aún informulos o informulos que respaldan el cotidiano andar donde poco espacio y tiempo quedan para la meditación y la búsqueda y examen de los orígenes (...) Pero un país no es sólo una tradición, una historia. Es un proyecto también. Mirar al pasado es necesario. Construir para el futuro es la tarea”.

Carlos Quijano¹

1.1. El gaucho político

Mientras el general José M. Siqueira realizaba la oratoria inaugural en el 1er. piso del edificio de la Casa Central del Banco República, frente a la atenta mirada de los Ministros y la totalidad de la Junta de Comandantes en Jefe de las FF.AA, así como del personal jerárquico de la institución bancaria de 1979, es probable que nadie del público presente recordase a Fray Francisco de Paula Castañeda, uno de los escritores de mayor inventiva léxica del Río de la Plata en el primer tercio del siglo XIX.

Considerado el precursor de incontables denominaciones empleadas de forma satírica e irónica contra las reformas liberales del ministro Rivadavia en la ciudad de Buenos Aires (1821-1824), el destacado sacerdote franciscano de la Revolución de Mayo nunca imaginó que su término *gauchipolítico* se asociaría a una particularidad de la poesía gauchesca publicada en formato periodístico: la manifestación de una forma latente o explícita de luchas partidarias y protesta social. En efecto, desde los pioneros

¹ “Patria chica y patria grande”, *Marcha* Nº 1673, 31/5/1974, p.5.

Diálogos de Hidalgo (1820-1822), pasando por el *Martín Fierro* de Hernández (1872) o *Los tres gauchos orientales* de Antonio Lussich (1872), todos pondrán en boca de este singular denunciante de la campaña las penurias e injusticias de un pueblo sometido.

Continuando en esa dirección, Ángel Rama, ensayista y crítico literario, retomará el tema en su obra *Los gauchipolíticos rioplatenses* [1976], al ampliar el término a la totalidad de la producción gauchesca y evidenciar la (re) conversión del “gaucho” en un “político” crítico de su propia coyuntura. Es decir, una visión que conjugará el carácter político a una escritura y un escritor al servicio de las fracciones partidarias.

Evidentemente, resultan interesantes las múltiples páginas que se han escrito sobre el ser y el quehacer del gaucho, su origen y sobre todo su vínculo con la identidad nacional. La mayoría de los escritores tradicionalistas sumergidos en la brumosa aureola del virtuosismo lo ponderan hasta el ditirambo, exaltándolo como guerrero en las luchas independentistas y/o laborioso trabajador del campo; las autoridades coloniales primero, de la joven república después, lo presentan bajo los distorsionados prejuicios etnocéntricos como un bandolero e inadaptado al margen de la ley.

Sin embargo, a los diversos énfasis antropológicos puestos a “*los mozos sueltos de la campaña*” al emparentarlos con un “*nosotros*” o un “*ellos*”, lo que aquí importa exhibir es como el uso de la historia –al igual que la literatura– expresa a quienes lo practican desde un presente para el accionar político, más que a los hechos del pasado propiamente dichos. En verdad, para los propósitos del presente trabajo, interesan mucho más las verosimilitudes del relato en tanto construcción en el tiempo con sus reemplazos permanentes que la verdad por sí misma. Interesan mucho más las representaciones que se hacen de un pasado parcial y subjetivo, aunque el propósito sea ofrecer una comunidad política completa, y los usos políticos de dichas representaciones. No lo que “*es*” sino lo que desea o fuerza “*a ser*”.

La línea que vincula, desde el presente, al pasado con el futuro es por demás compleja. En cualquier caso, el pasado –pese a los esfuerzos decimonónicos de antaño– no habla cual ley natural a quienes buscan plácidos cantos de sirena. Menos aún a los que se incorporan a la política.

Por lo demás, la finalidad del estudio no es la de presentar en detalle al gaucho como una figura social sino que está fundamentalmente interesado en los diversos usos políticos y las respectivas representaciones que se hicieron de él, así como el espacio público proyectado en su nombre. Es decir, para ser más precisos, la búsqueda se concentra en el lugar asignado a un símbolo de la dictadura cívico-militar uruguaya

(1973-1985) con el objetivo final de echar luz sobre los fines y propósitos de tal *apropiación*.

Dicho esto, la investigación está comprometida en el proceso de creación, desmantelamiento y reestructuración de las imágenes del pasado reciente vinculadas al gaucho y su entorno, las cuales pertenecen no sólo al mundo del saber erudito y especializado sino a la esfera pública del hombre como *zoon politikón*.

En síntesis, las reflexiones que dan vida a este trabajo están relacionadas con el afán por describir y comprender los móviles por los cuales el gobierno dictatorial usó la historia para crear en 1978, a modo de homenaje, una nueva dependencia vinculada al “Museo Banco de la República”. Esta nueva sección que abrió sus puertas al público en agosto de 1979 se constituyó bajo el título “Museo del Gaucho-Motivos Populares Uruguayos”, más conocido al sustituirse la denominación posteriormente por la de “Museo del Gaucho”, de aquí en más MG. A partir de allí, junto con el también renombrado “Museo de la Moneda”, ambos recintos serán identificados simplemente como “Museo del Gaucho y la Moneda”.²

Así pues, la exploración en un sentido amplio puede ser entendida como una recorrida por las diversas representaciones del gaucho, el que otrora había sido perseguido por considerársele enemigo contrario a los intereses del país, así como las significaciones que el símbolo del gobierno cívico-militar pretendió transmitir en cuanto instrumento legitimador del presente. Todo ello se verá reflejado en la concreción del MG, en tanto espacio público que responderá a un proceso de manejo político bajo definidas coordenadas ritualistas y mitológicas. Una preferencia por la retórica política en tanto búsqueda de la persuasión, el deleite y la movilización. En todas las naciones del mundo, historia y política han estado y están íntimamente vinculadas. Será desde esta perspectiva por donde transitará el presente análisis.

El camino propuesto incursiona, en primer orden, por las referencias teóricas que estructuran los usos políticos de la historia. Si bien la instancia resulta relevante para el ámbito académico al sentar las bases conceptuales de las siguientes líneas, todo aquel

² La necesidad de procesar toda la colección numismática del Banco ha provocado que en la actualidad la misma se encuentre fuera del Museo.

lector no apegado a los vericuetos de la teoría podrá eludir esta sección, y pasar directamente a los siguientes capítulos, considerando las precauciones del caso.

En segundo término, el rastreo plantea los mecanismos por los cuales determinadas prácticas, en relación a la tradición y el espíritu criollo puestas por excelencia en el gaucho, han sido utilizadas políticamente por parte de las élites políticas e intelectuales uruguayas de fines del siglo XIX y el transcurrir del siglo XX. Todo ello, cual si fuera un cuadro ideomito al estilo Blanes que, junto con el reordenamiento/desordenamiento de la figura del “*padre nuestro*” Artigas, conformarán parte de la identidad nacional.

En tercera instancia, con el quiebre de las instituciones democráticas como telón de fondo, el análisis apunta a un discurso militar exultante de una particular pasión patriótica –extraído en buena parte de la prédica conservadora– que busca articular determinados “consensos colectivos” mediante una relación pendular entre el espíritu fundacional y el tradicionalismo.

En cuarto lugar, la indagatoria resalta la creación de un lugar de conmemoración asignado al gaucho por parte del régimen dictatorial uruguayo, el MG dependiente del Banco República, así como la colección que allí se exhibe y la predominante visión museística aplicada a la misma.

Por último, la monografía propone algunas reflexiones finales sobre la (re) significación de las tradiciones y el Museo, que están lejos de ser dilucidadas de forma exhaustiva pero que, al menos en parte, merecen ser formuladas en un diálogo permanente entre la añoranza de lo perdido y la expectativa del porvenir.

2.El debate teórico

“Es el momento de los lugares de memoria. Ya no se celebra la nación, se estudian sus celebraciones”.

Pierre Nora³

2.1.Un pasado siempre presente

En diálogo con la literatura teórica y empírica sobre los usos que se hacen de la historia, encontramos que las FF.AA uruguayas hallaron en el gaucho, entre otros dispositivos culturales para nada innovadores, aunque sí intensos y totalizadores, la forma de congregación alrededor de un pasado útil en tanto recurso habilitante y legitimador en el presente. Una composición interpelante capaz de proveer cohesión, relaciones de autoridad, socialización, sistema de valores, creencias y hábitos de conducta. En este sentido, la monografía se siente influenciada por la obra de Rilla en referencia a los usos de la historia en la política de Uruguay.⁴

De hecho, el accionar político al condensar su energía en esta empresa creyó mostrar al público una continuidad histórica, proyección o realización de un legado donde el gaucho fue considerado el depositario privilegiado. No en vano, la dictadura explotó toda evocación gauchesca con celosa sofisticación litúrgica y una persistente manipulación de símbolos a efectos de adaptar antiguos hábitos a nuevas condiciones; novedosos escenarios que tomaron de referencia viejas situaciones, o bien, llegado el caso, establecieron su propio pasado. Así, entre la auto-percepción “revolucionaria” y

³ Pierre Nora en *Les Lieux de mémoire* (selección de textos), Trilce, 2008, p.25.

⁴ José Rilla, *La actualidad del pasado: Usos de la historia en la política de partidos del Uruguay (1942-1972)*. Ed. Sudamericana, Debate, Montevideo, 2008.

“fundacional” del discurso militar, el mismo procuró establecer una tradición invariante e inalterable.

En definitiva, nada se presentó de forma más latente entre los militares y civiles involucrados al régimen como la construcción artificial de estas redes significantes a las que Hobsbawm denomina *tradiciones inventadas*⁵, es decir, “*un grupo de prácticas, normalmente gobernadas por reglas aceptadas abiertas o tácitamente, [formalizadas] y de una naturaleza simbólica o ritual, que buscan inculcar determinados valores o normas de comportamiento por medio de su repetición, lo cual implica automáticamente continuidad con el pasado. De hecho, cuando es posible, normalmente intentan conectarse con un pasado histórico que les sea adecuado*” (2002 [1983]:8).

Sin duda que al ahondar en la frecuencia con la que se inventaron las tradiciones forjadoras de ciertas identidades nacionales, los años de la dictadura fueron un período durante el cual surgieron con especial asiduidad. Al ser más conscientes y deliberadas, todas las iniciativas pertenecieron a aquellas instituciones que persiguiendo un conjunto específico de fines políticos procuraron anudar fuertes lazos de lealtad a una causa.

Dicho así, los actores políticos en su totalidad –antes y durante el quiebre institucional– interpretaron, tradujeron, reelaboraron la historia de la que fueron partícipes; narraron sus pasado identificando íconos y mitos, efectuaron operaciones de memoria e historia capaces de ejercer un amplio rol de integración y control. Estas operaciones, a la vez, actuaron como prácticas de autorización.

Por tanto, el tema que verdaderamente importa radica en la comprensión de un pasado convertido en presente, las complejas relaciones con este pasado y la incesante necesidad histórica de producir transformaciones, como el deseo de mantener continuidades, aunque más no sean por efecto de la *invención* (Hobsbawm, 2002).

Tal vez por ello y porque la acción política supone “en última instancia” una intervención en el tiempo histórico, los actores políticos han sido coproductores de memoria y por extensión estructuradores de historiografías a través de la reconstrucción de un pasado que “no quiere pasar”.

Visto de esta manera, es posible afirmar que las elaboraciones historiográficas son susceptibles de usos políticos, ya sean discursos de origen que justifican hegemonías, discursos de fundación o rupturas (revoluciones), discursos de legitimación. En todos los

⁵ Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.) (2002) [1983], *La invención de la tradición*, Crítica, Barcelona.

casos, las luchas por el sentido del pasado –más aún si es un pasado reciente, traumático y represivo– se dan en función de las disputas políticas presentes y los proyectos de futuro. De este modo, resulta necesario prestar atención al rol activo de los participantes en dichos conflictos enmarcados en relaciones de poder (Jelin, 2002a: 39-40).

Por detrás está la cuestión de saber si existen actores privilegiados y con autoridad legítima para hablar, o sea, quiénes tienen el poder (simbólico) de decidir cuál deberá ser el contenido “oficial” y la forma de expresión de la historia y la memoria. En otras palabras, en la medida en que existen diferentes interpretaciones sociales del pasado (los consensos sobre el tema son escasos), las fechas de conmemoraciones públicas están sujetas a conflictos y debates: ¿quién/es quiere/n conmemorar qué? (Jelin, 2002b).

El punto desde el cual partimos supone que, sin desconocer las pujas y negociaciones que libran los grupos subalternos; los agentes estatales, las iglesias, los partidos y las FF.AA en nuestro caso, tienen un papel destacado en las elaboraciones de interpretaciones, exaltaciones, olvidos y silencios del pasado. De lo que aquí se trata es averiguar por su *eficiencia* o *eficacia*, además de buscar la relación entre políticas de la memoria e identidades colectivas.⁶ Un punto de vista “fronterizo” entre la historia política y la historia cultural.

2.2.Lugares de la memoria

A este breve sumario de contenidos debemos agregar que el oficio tiene también lo que Pierre Nora en una extraordinaria obra de siete volúmenes denomina *lugares de la memoria*⁷: un repertorio de objetos físicos –inscriptos en el tiempo y el espacio– y una realidad simbólica portadora de una historia colectiva subjetiva, rastreable a partir de huellas depositadas en calendarios y textos cuya visibilidad es más notoria en coyunturas que condensan significados. Dicho de otro modo, en todos está el esfuerzo, más o menos problemático, por encontrar un pasado más próximo a las estilizadas imágenes mistificadas a efectos de convertirlo en algo *vivido* para el presente. Una constante evaluación del pasado en el presente en una época o “*era de las conmemoraciones*”, para usar el título de un trabajo de Nora. Es decir, no es cualquier lugar el que se recuerda, sino aquél donde la memoria actúa.

El propio autor francés dirá que su interés no está tanto en “*los eventos por sí mismos, sino su construcción en el tiempo; no el pasado tal cual pasó, sino sus reempleos*

⁶ Marie- Claire Lavabre en *La actualidad del pasado*, op.cit., p.82.

⁷ Pierre Nora (dir): *Les Lieux de mémoire* (7 vols.), Paris, Gallimard, 1984-1992.

permanentes, sus usos y abusos, su influencia sobre los presentes sucesivos; no la tradición, sino la manera en que ella es constituida y transmitida”(Nora, 2008[1992]:114).

Por ello, la conmemoración de un acontecimiento debe tener la misma importancia que el acontecimiento en sí mismo. Así, la manera de escribir la historia se ve también transformada, pues de lo cronológico se pasa a lo simbólico. Una historia de las *representaciones* simbólicas donde la “*realidad*” de los sucesos del pasado no es más relevante que las creencias y representaciones alrededor de ese pasado (Nora 2008, Jelin, 2002a).

Para nuestro caso de estudio, el MG bien podría calificar como uno de los tantos *Lieux de mémoire*. He allí uno de los intereses neurálgicos de la investigación al examinar los recursos simbólicos y materiales por los cuales la dictadura uruguaya, a tono con las prácticas de patrimonialización y museización cada vez más asentadas en el mundo, como bien apunta Rilla (2008), se valió para concretar *usos y apropiaciones* en una orgullosa ostentación del pasado.

Porque si bien no constituyó un lugar integrado al entorno cotidiano como los monumentos, el museo formó parte de esos relevantes espacios sagrados donde se podía hallar y conocer de forma expresa las *tradiciones inventadas* del gaucho a través de un largo repertorio de actividades lúdicas (el juego de la *taba*⁸) asociadas a un conjunto de objetos típicos del campo (ponchos, boleadoras, platería criolla). Un lugar por excelencia de la identidad en la medida que asumió la tarea de reunir, conservar y proteger los archivos de la memoria cultural.

Un tema nada menor que a esta altura debe haber quedado por demás patentado refiere a la creciente pluralidad de sentidos que convoca el pasado, a veces contradictorios, superpuestos o complementarios. La propia perspectiva noriana reconoce que trabajando sobre la misma materia, el pasado y el presente, la historia y la memoria poseen reglas específicas que la enfrentan a la otra.

Por ser afectiva y mágica, la memoria solo se ajusta a detalles que la reafirman. Se nutre de recuerdos borrosos siempre sensibles a las censuras o proyecciones que garanticen lo absoluto y totémico. La memoria instala el recuerdo en lo sagrado, se enraíza en lo concreto, las prácticas, el espacio, la imagen y el objeto. Por el contrario, la historia es la reconstrucción siempre problemática e incompleta de lo que ya no es. Por

⁸ Juego popular en las zonas rurales que consistente en lanzar unos huesos, que se extraen del tarso vacuno (tabas), a modo de dados.

ser una operación intelectual y laicizante, requiere análisis y discurso crítico. Pertenece a todos y a nadie (vocación universal), sólo ligada a las evoluciones y las relaciones de las cosas con carácter relativo (Nora, 2008[1984]: 21).

2.3.La plaza criolla

En suma, los *usos* de la historia a través del gaucho se transforman en memoria y –como correlato– en tradiciones inventadas para el Uruguay dictatorial. Una memoria que funcionando al margen de la historia reclama de ella los lugares para su edificación de igual manera. La pretensión no puede ser otra, ya que con “*un criticismo generalizado [la historia] conservaría sin duda museos, medallas y monumentos (...) pero vaciándolos de lo que, para nosotros, los hace lugares de la memoria. Una sociedad que se viviera a sí misma integralmente bajo el signo de la historia no conocería, como sucede con una sociedad tradicional, lugares donde anclar su memoria*” (Nora, 2008 [1984]: 21).

En ese sentido, no es casual que con los *Lieux* se trate de comprender la administración general del pasado en el presente mediante la obra patrimonial. Una memoria que debe ser reconstruida por considerarla perdida. Nadie mejor que Nora para iluminar el camino:

“Museos, archivos, cementerios y colecciones, fiestas, aniversarios, tratados, actas, monumentos, santuarios, asociaciones, son los cerros testigo de otra época, de las ilusiones de eternidad. De allí viene el aspecto nostálgico de esas empresas de veneración, patéticas y glaciales. Son los rituales de una sociedad sin rituales, [operaciones artificiales de aquello que necesitamos almacenar por ser imposible recordar o que podríamos necesitar recordar ya que el temido olvido involuntario es una amenaza al acecho]. Sin vigilancia conmemorativa, la historia los aniquilaría rápidamente” (Nora, 2008 [1984]: 24-5).

Desde una perspectiva como esta, en palabras de Jelin:

“Ni la historia se diluye en la memoria –como afirman las posturas idealistas, subjetivistas y constructivistas extremas– ni la memoria debe ser descartada como dato por su volatilidad o falta de `objetividad`. En la tensión entre una y

otra es donde se plantean las preguntas más sugerentes, creativas y productivas para la indagación y la reflexión” (Jelín, 2002a: 77-8).

Por lo tanto, avanzando un poco más sobre el asunto, el uso de la historia según Rilla puede dilucidarse a la luz de lo expuesto como el “el triunfo” de las versiones simplificadas del pasado, mistificadas, “funcionalizadas” en tanto orientadas a la acción, manipuladas en algún grado, a veces superlativo:

“El pasado es ‘la plaza pública’ en la que se reúnen la voluntad y la convicción ‘autorizada’ desde las cuales hacer la política. Así concebido, el fenómeno pertenece mucho más al universo de la política, a sus reglas internas, que al de la investigación académica del pasado. Es decir, los criterios de verdad que pueden sostener un relato importan relativamente menos que el modo como el relato es usado en el campo de la acción política” (Rilla, 2008:47-8)

Y al mismo tiempo, agrega:

“En la naturaleza de la historia, en cuanto relato y reconstrucción, está su uso. En la naturaleza de la política en tanto acción pública persuasiva está la historia, ‘almacén de ejemplos’ (...) Por sí mismo, el pasado no deviene usable en la lucha política, es una base de autoridad argumental solo en manos de agentes, de actores que son de un modo u otro políticos. [Con todo] ha de tenerse presente que recordar es una forma de acción social, una actividad socialmente construida y retóricamente organizada que se desarrolla dentro de la comunidad de memoria”(Rilla, 2008: 109).

A cuenta de posteriores intervenciones, la pluma concisa y concreta de Abril Trigo logra implantar –para el caso uruguayo– el concepto de *tradición inventada* en la nación, teniendo presente que “*estos textos configuran un discurso cuyo objeto no es la historia, sino la historicidad. El (in) confeso propósito detrás de este montaje ideomítico, es la plasmación, la textualización de una particular idea de nación. Lo ausente se hace presencia; el pasado (la historia, la tradición) se hace actualidad (historicidad)”* (1990:28-9).

3.La tradición en los conservadores

“Venga el progreso, invada la civilización pero que, al entregarnos cuatro comodidades nuevas no nos maten nuestras delicadas afecciones locales, y que no ambicionen arrancarnos los buenos atributos de una raza viril e inteligente, para reemplazarlos por el lodazal de la hipocresía y de los refinados vicios en que se revuelcan muchas de las grandes ciudades”.

Elías Regules⁹

“A mí, lo de la bota de potro, lo de bárbaro, tan trillado, no me desconcierta, me encanta. Yo no tengo vergüenza de nuestros orígenes viriles”.

Luis Alberto de Herrera¹⁰

3.1.Etiología de un ideomito

Con el transcurrir del tiempo –fundamentalmente desde el último tercio del siglo XIX– el término gaucho comenzó a tomar un significado mayor al sentido original: la denominación abarcó desde los jinetes solitarios y *miserables* hasta los poderosos terratenientes diestros en las faenas ecuestres de la economía pecuaria (Vidart, 2000).

La pregunta en este devenir histórico parece imponerse: ¿Qué ocurrió para que la acepción perforara la dura malla clasista? ¿Por qué un término tan denostado y cargado de desprecio fue reclamado con éxito por parte de las clases dominantes?

La labor organizadora y modernizadora del Estado iniciada por el coronel Latorre y el militarismo tuvo como eje primordial consolidar la centralización administrativa, ajustar el aparato jurídico y adaptar el engranaje económico-productivo a los

⁹ Citado por Ángel Rama al referirse a un acalorado debate entre el doctor Elías Regules y el periodista Carlos Blixen desde el diario *La Razón*, setiembre 1894. En “Regules, inventor de la tradición”, *Marcha* N° 1051, 24 de marzo 1961, p.24.

¹⁰ Citado por José Pedro Barrán al definir el alcance del nacionalismo de Herrera. Diario de Sesiones de la Cámara de Representantes, tomo 243, sesión del 18 setiembre 1915, pp. 478-9. En *“Los conservadores uruguayos”*, 2004, p.97.

requerimientos del sistema internacional capitalista. Para los fines propuestos fue necesario desplegar una amplia represión social sobre la campaña bajo la cómplice mirada del patriciado urbano y el ruralismo terrateniente.

De acuerdo al trabajo de Trigo (1990), en un proceso similar al argentino, el gaucho desaparece de la escena en nombre del progreso, y con él, el caudillo. Es justamente esta desaparición física de la escena histórica la que borra las marcas de su peligrosidad, en tanto ente social insurgente impregnado de una orfandad que poca relación tiene con el héroe romántico, para sólo existir como símbolo en una incesante reconstitución ideológica. Es en esta derrota y por la derrota misma que, al ser borrado de la historia ingresa en la historicidad, es decir, en la continuidad de rupturas, la permanencia de lo transitorio, la acción de la contradicción.

Al sucumbir como entidad histórica renacerá como imaginema de nuestra modernidad capitalista y ciudadana en una incesante plasmación de ideomitos. Dicho de otro modo, será necesaria la derrota militar del gaucho para que se instale definitivamente en el reino de las ideologías, es decir, la explicación de universalidades desde una particular visión del mundo. Así, detrás del discurso racional se ubica el imaginario, substrato pre-racional que constituye la auténtica matriz de las ideologías donde radican los deseos, los intereses del individuo y su clase. Esta sustancia se plasma en verdaderos núcleos significantes (imaginemas) cuyas manifestaciones simbólicas (los ideomitos) proyectan continuidades o rupturas.¹¹

De este modo, los ideomitos pueden asumir desde el pasado una naturaleza petrificada, confirmatorio del status quo presente, pero pueden también constituir el origen de un proyecto de subversión del mismo. En cualquier caso, los ideomitos remiten siempre a los imaginemas de los cuales proceden (Trigo, 1990: 27). Desde entonces será una referencia a la que se deberá indagar cuando necesitemos la necesidad de indagarnos. Un buen gaucho será aquél que esté muerto, será aquél que resulte cómodo y necesario reivindicar.¹²

¹¹ Basado en los trabajos de Rial (1985) y Caetano (1992a), la obra de Marchesi (2001), *El Uruguay inventado, La política audiovisual de la dictadura, reflexiones sobre su imaginario*, realiza un aporte relevante sobre los imaginarios colectivos en nuestro país. Al respecto, el autor entiende que el principal imaginario contemporáneo que se originó con el primer batllismo, a lo largo del siglo el mismo sufrió diversas crisis al crearse un contraimaginario que polemizaba con la matriz batllista. La llegada de la dictadura en 1973 procuró construir “una nueva realidad”, con pretensiones fundacionales por momentos, destacando aspectos que el imaginario anterior había descuidado. Así, las representaciones cívico-militares transitaron por los discursos históricos con sus respectivas conmemoraciones, las tradiciones culturales, las expresiones folclóricas en el interior del país, las actividades deportivas y la monumentalidad de las obras inauguradas.

¹² En iguales términos se tratará al indigenismo a nivel continental, y a la macro-etnia charrúa para el caso particular en Uruguay. Ver “Pueblo: fuente etimológicas e historia” de Daniel Vidart (2013). Disponible en <http://www.uypress.net/auc.aspx?39180>.

A partir de allí, los fundadores del Estado utilizarán los ideomitos para legitimar nacionalmente los distintos proyectos del Uruguay moderno. De hecho, Domingo Ordoñana, uno de los mentores ideológicos del militarismo, se destacará sobre el resto por su afinada y coherente pluma.¹³ Antes que militante y escritor, el productor y propietario, miembro de la Asociación Rural fundada en 1871, entenderá que para forjar una campaña habitable y productiva será preciso “licuar” al gaucho anarquizante y bárbaro –previa esterilización– en “campesino” ideomito, en fuerza de trabajo confiable para las actividades ganaderas.¹⁴ Serán precisamente los estancieros identificados con los postulados civilizadores de la iglesia católica, pero con mirada moderna y secular, los que apostarán por construir el edificio de la estabilidad política, el orden social y la moral desde la policía y la escuela (Barrán, 2004).

Dicho lo cual, es Carlos María Ramírez quien, representando la “casta doctoral”, retoma este y otros apuntes para enaltecer al gaucho, al decir Trigo citando a Rodó (1913):

“El papel inicialmente protagónico de las ciudades estaba condenado a la asfixia sin el concurso primordial de las masas campesinas (...) Si la revolución se hizo, entonces, fue por esas masas y sus caudillos, un organismo vivo y en ebullición

¹³ Ver Domingo Ordoñana, *Pensamientos rurales sobre necesidades sociales y económicas de la República*, Imprenta Rural, Montevideo, 1892.

¹⁴ Años después, en la década del veinte, la Federación Rural, una gremial ganadera sólida y combativa que federó a buena parte de las sociedades rurales del país a partir de 1915, propuso construir en el centro de la capital del país una escultura ecuestre homenajeando al gaucho. Entre los miembros de la comisión organizadora estaban Elías Regules, Alejandro Gallinal y Juan Zorrilla de San Martín, padre del escultor de la obra, José Luis Zorrilla de San Martín. Al tiempo que la noticia comenzó a correr como reguero de pólvora por la ciudad, Pedro Figari, prolífero jurista y político batllista transmutado en artista, no dejó pasar la oportunidad para referirse al tema en los siguientes términos: *“Se ha lanzado la idea de inmortalizar al gaucho; y la aplaudo por mi parte. Ante la exigua, siempre exigua gratitud humano, debe atraer nuestras simpatías todo lo que tienda a rehabilitarnos, y dicho héroe bien merece un monumento (...) Por lo que resulta más representativo el gaucho en nuestra sociología, no es, a mi ver, porque haya sufrido y contribuido más a soportar los azares y quebrantos de nuestra vida turbulenta, sino, porque es, si no lo único, lo que ha conservado y tendido más a mantener contacto con el medio americano, vale decir, con su ambiente propio. Así es que, fuera de lo precolombiano, miramos al gaucho como la esencia de nuestras tradiciones criollas, como la valla autóctona opuesta a la conquista ideológica que subsiguiera a la era de las emancipaciones políticas (...) Podrá haber desaparecido el arquetipo, si pudo encarnarse alguna vez, pero no es menos cierto que al desvanecerse dicha entidad dejó plasmada su obra estructural como baluarte inexpugnable de la individualidad americana: su psicología, [al haber salvado la virginidad del continente] ante el deslumbramiento por las viejas civilizaciones”*. Finalizando la oda a lo autóctono, publicada por la revista “Pegaso” en abril de 1919, el articulista sentenciaba: *“Esta es la representación superior del gaucho, de ese elemento que vemos poetizado en nuestras idealizaciones habituales, y en ese sentido es más que un símbolo patrio: es el símbolo de la América Latina”*. Por otro lado, prosiguiendo con la organización del evento, el monumento se inauguró el 31 de diciembre de 1927 (en el 115º aniversario de la Batalla del Cerrito en la cual las fuerzas revolucionarias provenientes de Buenos Aires asediaron a la sitiada ciudad de Montevideo defendida por las tropas realistas) con la inscripción *“Al gaucho, primer elemento de emancipación nacional y de trabajo. La Patria agradecida”*, en cuyos bajos relieves se hacen alusiones al buey, la carreta, la doma y el arado como elementos de su “trabajo cotidiano”. A partir de ese momento, el monumento será uno de los principales puntos de encuentro para evocar y reivindicar por parte de los tradicionalistas la cultura gauchesca.

frente a las cultas minorías urbanas; la rebelión de los instintos complementando la revolución de las ideas” (Trigo, 1990:63).

Sin embargo, apunta Ramírez, “*esa hermosa forma de nuestra civilización primitiva [como fue el gaucho], desaparece ya bajo las nuevas formas de una civilización más avanzada (...) Se ha extinguido por sí misma con la supresión de las funciones que desempeñaba” (Ramírez, 1953 [1884]:394).*

De ahí que la apropiación del proyecto simbólico-político triunfante impuesto desde el Estado-nación uruguayo será constantemente utilizada como materia prima de significación de primer orden para la narrativa nacionalista oficial. En definitiva, el circuito termina siendo perfecto: eliminación social, neutralización política, revisión histórica, apropiación ideológica: glorificación en bronce y plaza pública. Al culminar la aprobación historiográfica, se quiebra, pues, la principal barrera para la concreción del ideomito. Comenzará la labor literaria realizada, entre otros, por Juan Zorrilla de San Martín, *el poeta de la patria* (Trigo, 1990).

De forma simultánea, la profunda transformación del gaucho será registrada por la producción teatral de la época. Los hermanos Podestá lograrán fusionar en el circo criollo y la cultura gauchesca –expresada a modo de drama– iniciada por *Juan Moreira* (1886), obra basada en la novela homónima de Eduardo Gutiérrez, el mismo alimento ideológico fundacional que procurará forjar, en otro plano, el culto patriciado (Trigo, 1990: 65). Será este clima espiritual el que determinará la fundación un 25 de agosto de 1894, con 33 simbólicos compañeros en total, la “Sociedad Criolla”, primera en su género en toda América. Elías Regules –destacado en el ámbito universitario y el sistema político– institucionalizará el culto al nativismo en la médula misma de la *Belle Époque*. Porque si bien no es el forjador del gaucho, lo es de “la tradición gauchesca” que actúa como dique de contención a lo foráneo, vale decir, el aluvión inmigratorio de fines del siglo XIX.¹⁵

¹⁵ La amplitud del tradicionalismo de Regules aparecerá en *Versitos criollos* (1894), conocido a partir de 1900 protocolarmente como *Versos criollos*, al decir: “*Vivo feliz con sangre americana y no tengo vergüenza de mi raza*”. Allí la tradición, con olvido –o aparente olvido– del aporte indígena por considerarlo ajeno a la cultura hispanoamericana, no es concebida como un mero retorno al pasado sino como la búsqueda de las auténticas raíces de un estilo de vida impregnado de vitalidad y resistencia. El propio *Tabaré* de Zorrilla de San Martín (1888) es un aborígen idealizado que se acerca más a los prototípicos valores del hombre blanco que a los de los grupos indoamericanos (Carámbula, 1987; Vidart, 2000). Del mismo modo, *el pintor de la patria*, Juan Manuel Blanes, ya en 1878 con sus *Gauchitos*, una serie de óleos de reducidas dimensiones, no representa al tipo humano heroico, gestor de la independencia, pero tampoco al desplazo social de ese momento: el personaje sumergido en un ambiente bucólico refleja desde la tela un conjunto de consignas idealizadoras y civilizadoras. Estos “gauchos” están más cerca de la visión romántica, envueltos en una atmósfera apacible y depurada, que la del matrero discordante con el nuevo guion del país moderno.

El “*inventor de la tradición*”, término con el que Ángel Rama calificó a Regules¹⁶, no reivindica a cualquier gaucho. No es el *gauderio*, severamente juzgado por los viajeros, científicos y gobernantes de los siglos anteriores, más bien al que refiere es al heredero domesticado –descabalgado y domeñado– del primitivo término identificatorio (Trigo, 1990). El gaucho al que canta Regules en sus poesías o personifica en sus obras de teatro, dirá Carámbula, “*es precisamente a ese paisano `sufrido´ [olvidado por la ciudad y sin la fuerza de un Martín Fierro o el impulso montonero] protagonista anónimo de nuestro proceso independentista y de las posteriores luchas en la que los orientales se debatieron en búsqueda de su identidad*” (Carámbula, 1987:10).

Será, en definitiva, una visión que estará a medio camino entre el gaucho de contornos individualistas descrito por Eduardo Acevedo Díaz en su *Ismael* (1888), el ser cuya epopeya y acento épico se confunden con los orígenes de la patria; y, por otro lado, el gaucho del dramaturgo Florencio Sánchez, el vencido, el inadaptado, el ser abandonado por una sociedad que ha progresado demasiado rápidamente. Es el pobre Cantalicio de *La Gringa* (1904), es el decadente Zoilo de *Barranca abajo* (1905): seres que tienen que amoldarse a las circunstancias, aceptar el cambio o desaparecer. Dicho de esta manera, pese a las simpatías del dramaturgo anarquista por el gaucho abatido, su condición de elemento superfluo será una constante para los tiempos venideros (Rodríguez Monegal, 1958; Garganigo, 1966).

Puesto en estos términos, el gaucho del doctor Regules reducido a peón/paisano comenzará a dejar de ser un factor de perturbación para devenir en un elemento de progreso en el primer acto público de la “Sociedad Criolla”, un desfile ecuestre entre ponchos y chiripás por las calles capitalinas en setiembre de 1894. En lo que bien se podría llamar el manifiesto del movimiento, comentado favorablemente por los diarios *El Herald* y *La Tribuna Popular*, el entonces decano de la Facultad de Medicina dirá:

“Ese gaucho, ese paisano sin ilustración es la raza uruguaya. Los que lo encuentren chico, los que tengan rubor de haber nacido donde grita el chajá, que escupan su bandera y vayan a llorar su desventura entre los bullicios de los mundos grandes (...) No se achica el que conserva positivos entusiasmos por las cosas de su tierra, no se empequeñece el que, dentro del pago, mira hacia atrás para halagar su vista con cuadros legendarios de titanes”.¹⁷

¹⁶ Ángel Rama, “Regules, inventor de la tradición”, op.cit. Unos años atrás, en 1946, el Parlamento había aprobado la ley Nº 10.745 designando el 21 de marzo, en homenaje al natalicio del extinto decano de la Facultad de Medicina y Rector de la Universidad, “*Día de la Tradición Uruguaya*”.

¹⁷ Citado por Rama, ibídem.; al referirse al artículo de *La Tribuna Popular*, 4/9/1894.

A partir de allí nacerá una acalorada polémica de falsas oposiciones, que Ángel Rama tomará en su referido artículo (1961) y en la obra *Los gauchipolíticos rioplatenses* (1998), desde el diario *La Razón* entre el *criollo-doctor*, defensor de las actividades camperas, y el periodista Carlos Blixen, dícese que asesorado por su hermano Samuel.¹⁸ El debate de fondo establecerá a modo de dilema el enfrentamiento progreso-tradición, o traducido a términos sarmientistas *civilización* y *barbarie*, pasando a un segundo plano el gaucha, para hacerse visible el vasto y profundo problema sociológico del país. Para Blixen, la ciudad “*perfecciona los hábitos y modifica las costumbres*” mientras que el chiripá quedó relegado “*a los departamentos más atrasados de la República, donde la escuela no ha terminado aún su misión instructiva*”. Por su parte, Regules entenderá que esa “*civilización superior*” que impone “*la dictadura de las costumbres extranjeras*”, esa que “*aplastada por el hambre crónica, salió de Europa para comer en el Uruguay el pan que debía corresponderle al paisano, la misma que, sin destino inmediato, pisó nuestro muelles con el estómago vacío, para ir a llenárselo en un costosísimo Hotel de Inmigrantes*”.

Con todo, la *tradición* sostendrá la presencia palpante del gaucha en la formación de la nacionalidad, una esencia autóctona e idílica que se intentará recuperar por entenderla desaparecida. Mientras tanto, el *progreso* afirmará: “*el gaucha ha muerto... resucitarlo es contrariar la naturaleza de las cosas*” (Rama, 1961, 1998).

Finalmente, al incorporar las apreciaciones de los actores de la época, Trigo reflexiona sobre el gaucha al decir:

“Se cierra la trágica paradoja: sus enemigos de ayer son sus autoproclamados herederos del presente; los antiguos verdugos ideológicos asumen la vindicación póstuma del reo. Al dejar de ser un problema social y un enemigo político, puede ser apropiado ideológicamente (Trigo, 1990: 64).

3.2.El orden y la autoridad en el novecientos

De acuerdo con Barrán (2004), el pensamiento conservador en materia política y social puede ser identificado con la defensa del orden establecido y la crítica a los que promueven su reforma. En efecto, en los primeros años del siglo XX surgieron un

¹⁸ Samuel Blixen (1867-1909), escritor, dramaturgo, periodista y docente universitario. Especializado en filosofía y letras. Fue columnista de distintos periódicos como *El Siglo*, *La Tribuna Popular*, *El Día*, *La Razón*. Tuvo participación a nivel político cumpliendo funciones como secretario de la Cámara de Representantes. Yerno de José Pedro Ramírez. Dentro de sus obras se pueden destacar *Desde mi butaca* (crónicas teatrales de 1892), *Sangre de hermanos* (1905).

conjunto de ideas conservadoras, no precisamente formalizadas, que bien podríamos sintetizar en la labor secular de Luis Alberto de Herrera, prestigiosa figura del Partido Nacional y dos de los fundadores de la Federación Rural, el ensayista Carlos Reyles y el jurista José Irureta Goyena. Luego de la frustrada experiencia partidista autónoma de ganaderos en 1919, los partidos políticos tradicionales (vinculados especialmente con los sectores antibatllistas) y el grupo de presión conservador, lejos de repelerse, se complementaron, generándose entre ellos una dialéctica peculiar (Caetano, 1992b). A su vez, de acuerdo al general Liber Seregni, similares simpatías comenzaron a consolidarse también desde las citadas fracciones políticas y un sector importante de la oficialidad militar (Lessa, 2003:25-6).

Fue Herrera, *“el civilizador de la barbarie blanca”* (Trigo, 1990: 103), quien elaboró con precisión un culto a la tradición mediante la desconfianza a la razón pura en política y una visión de la historia condenatoria de la Revolución Francesa. Su crítica a los “excesos” de la Revolución, en particular de todo *“jacobinismo”* de negativa influencia doctrinaria en las élites sudamericanas, reforzaba aún más el temor a todas aquellas fuerzas destructoras de un orden social totémico para crear otro por completo nuevo, ajeno a su propio pasado. Tal osadía representaba un atentado a la historia y la sensatez por estar cargada de *crueledad, intransigencia e indisciplina*. Ningún orden legal o constitucional debía estar por encima de los valores “primarios” referentes al orden y la autoridad (Barrán 2004).

Defendiendo la legitimación sólo de los principios que se nutrían en el suelo propio y en sus tradiciones sociales, morales e ideológicas, el mismo Herrera desde su tribuna adoptó una profunda desconfianza a lo “extranjero” por considerarlo inadaptable, “excesivo” y radical. En su obra *La Revolución Francesa y Sud América* dirá: *“los pueblos del sur cometieron la grave falta de aceptar, sin inventario, el credo extranjero y de repetirlo en todas sus partes, con gesto simiesco, apurados en renegar su propia filiación”* (Herrera, 1910: 141).

En definitiva, los principios conservadores del líder nacionalista se expresaron con singular fuerza condenatoria a todo proceso inspirado en la Revolución Francesa. Y yendo aún más lejos, su tradicionalismo actuó como salvaguarda de cualquier revolución social de carácter anarquista o socialista. La *“patria”* de Herrera fue concebida *“como una realidad afectiva, casi carnal, tangible, visible”*, romántica, movilizadora más de las *“potencias del sentimiento”* que de ideas o conceptos a la manera como concebía la *“patria”* el batllismo y la izquierda nacionalista (Barrán, 2004:96).

Ese “modesto” y restrictivo nacionalismo que tanto molestaba a los inmigrantes y al reformismo batllista retomaba buena parte del pensamiento conservador católico, no ya desde el ángulo moral, sino en clave social e histórica. El respeto a la tradición podía tanto limitar las injusticias como mantener el orden, fin supremo de la sociedad.

En un orden de valores parecidos pero no idénticos se hallarían las ideas de Carlos Reyles e Irureta Goyena. Con un fuerte contenido materialista de inspiración nietzscheana, en ambos productores rurales “*la virtud de crear riqueza*” se encontraría emparentada con la “*fuera*” y la “*voluntad de dominio*”. De tal naturaleza se deducía que debían predominar los más fuertes pues ellos garantizarían el porvenir de la especie humana. Para el caso nacional, eso se traducía en el “*destino rural*” del país (Barrán, 2004). Dicho de otro modo, aquí no se miraría hacia atrás con melancolía sino que se apuntaría al futuro, asentándose en la conflictividad del presente. El pasado criollo ya inexistente e idealizado brindaría las raíces nacionales de los modelos culturales en los cuales se podrían identificar los uruguayos modernos.¹⁹

Los atributos viriles, enaltecedores de la lucha y frutos del afán de poder, estaban mejor representados en las clases productoras del campo y no en la “hedonista” y letrada ciudad de Montevideo. Realizando un paralelismo con la Francia de Herrera, esta y aquella eran mórbidas, refinadas, elegantes, humanistas y “*femeninas*”.²⁰ Al dualismo civilización-barbarie, más discursivo que real, se sumaban los antagonismos campo-ciudad, Montevideo-Interior, cosmopolitismo-nacionalismo, clase media urbana-sectores rurales. Todas ellas servirán para argumentar el prolongado conflicto de oposiciones que los militares sentirán la misión redentora de resolver de forma autoritaria en la década del setenta (Marchesi, 2001).

Para Carlos Reyles era en las filas de los estancieros que se hallaban “*los hombres de presa, en fin, nacidos para dominar, tenaces e indómitos en los cuerpo a cuerpo con el Destino*”. Es que “*las fuerzas productoras priman sobre todas las otras y tienen influencia decisiva en los destinos de los pueblos por ser, sin duda, las formas más universales del instinto de dominación, correlativo de la vitalidad*” (Reyles, 1917:57,166-7).

¹⁹ Maria Rosa Olivera-Williams, Modernización y fin de siglo. Naturalismo y criollismo. En *Uruguay: imaginarios culturales*, 2000, p.302.

²⁰ En la obra de Barrán, op.cit; p.90, se señala que la misoginia o el patriarcado aparece siempre como un componente implícito en el corpus conservador. El juicio despectivo hacia la “*femineidad*” y los elogios a los valores contenidos en la “*virilidad*” son una constante no de carácter teórico, sino psicológico.

José Irureta Goyena, el seguidor más fiel de Reyles, será más incisivo al sostener en varias oportunidades, ante el Congreso de la Federación Rural, el derecho de “*las clases productoras [a] hacerse oír con la autoridad de los que mandan, y no con el encogimiento de los que suplican*”. La exigencia responde a que los gobiernos “*obedecen cada vez más al interés de los partidos [y los políticos profesionales], cada vez menos al interés del país, en donde “el predominio del número sustituye al predominio de la calidad; (...) la barra, continuación de la calle, se desborda y toma posesión del Parlamento*”.²¹

Desde esta percepción, la construcción conservadora llegará al punto de emparentar un medio rural virtuoso –nótese el afán por no restringir el término a “ganaderos” con la intencionalidad de evitar una identificación más restrictiva, aunque mucho más real– y una ciudad viciada de exceso socializante y mundano. Estaba claro que allí, donde el campo no palpitaba, pululaba el silogismo batllista, socialista y anarquista que asociaba falsamente todos los males con el predominio del latifundio y la ganadería (Trigo, 1990).

En “*La encuesta rural*” de 1920 –obra de Luis Alberto de Herrera que parte de la encuesta aprobada por la Federación Rural a efectos de analizar las condiciones socio-económicas de los trabajadores rurales– se pueden observar pinceladas idílicas sobre la campaña al ser descrita como el reservorio de la decencia, la honradez, “*la hospitalidad a la antigua*” y el decoro. Allí se alude a la necesidad de evitar “*el contagio de las verbas socializantes [sobre el] espíritu del paisano [a quién se quería] envenenar con demencias ácratas, volviéndolo airado contra el estanciero*”. Los conservadores no tenían dudas sobre la “*felicidad*” del peón quién, a diferencias del obrero urbano, trabajaba al aire libre, vivía en un rancho y no en un conventillo, y era protegido durante sus enfermedades y su vejez por el patrón.²²

Así, mientras que en la campaña, el personaje principal de la obra costumbrista de Reyles, *El gaucho Florido, novela sobre la estancia cimarrona*, era “*para ellos [el paisanaje] el prototipo del gaucho, el paradigma del criollo que tenían embutido en los*

²¹ Las citas corresponden a Barrán en referencia a los *Discursos del Dr. José Irureta Goyena*, Montevideo, Tlp. Atlántida, 1948, pp.250-1, *Ibidem.*; p.100; y Caetano (1993), en alusión al IX Congreso Anual de la Federación Rural, discurso pronunciado por el Presidente Honorario de la misma, Dr. José Irureta Goyena en “*Revista de la Federación Rural*”, suplemento, marzo de 1925, p.26, *op.cit.*, p.101.

²² Citado por Barrán en referencia a “*La encuesta rural*” de Luis Alberto de Herrera, Montevideo, sin pie de imprenta ni año de edición. *Estudio sobre la condición económica y moral de las clases trabajadoras de la campaña, aprobada por unanimidad por el Congreso de la Federación Rural, reunida en Tacuarembó el 21 de Marzo de 1920.* *Ibidem.*; p.124.

sesos; lindo mozo, liberal, decidor, buen compañero en todas suertes de lances, suertudo con las hembras, capaz de hacerle la pata ancha a un escuadrón y por añadidura camperazo” (Reyles, 1932); en definitiva un “criollo decente y madrugador”, en la urbe cosmopolita los derechos se anteponían a los deberes, el empleado público iba a trabajar de tarde y “los indeseables del mundo” –muchos de ellos “agitadores profesionales”– aprovechando “el sistema de puertas abiertas” estaban convirtiendo al Uruguay en “el resumidero de la escoria del mundo”. Por ello, “el descredito de Montevideo en el mundo, al punto que nos creen una sucursal de Moscú”.²³

En ese sentido, las referencias espaciales se imponen también a los marcos temporales. Esa afirmación tradicionalista y ese ideal restauracionista de un pasado mítico aparecen claramente en el discurso que Irureta Goyena realizara en el Congreso de la Federación Rural de 1921:

*“Yo creo que ha llegado la hora de detenerse o de retroceder. Retroceder, sociológicamente, es a veces avanzar, como avanzar en determinadas circunstancias y en ciertas direcciones, es en realidad retroceder. Desandar lo andado no importa siempre volver al punto de partida; es, en muchos casos, hacer sencillamente lo que no se hizo y debió hacerse, y deshacer lo que se hizo y no debió hacerse”.*²⁴

En definitiva, “lo foráneo” incitó al pensamiento conservador criollo desde sus orígenes al pretender mantener el orden establecido, incluyendo –pese a los discursos idílicos y paternalistas– a esas “masas paisanas”, vestigios del pasado y de la estancia cimarrona. Sin embargo, no menos cierto es que en el combate al reformismo “inquietista”, muchos de los interlocutores de las “fuerzas vivas” sucumbieron también a los encantos del corpus de ideas provenientes de la tan admirada y temida Europa.

En efecto, bien puede afirmarse que el impacto de la nueva conjunción de patriotismo y xenofobia del sector conservador contribuyó a afianzar una concepción de la nacionalidad que descalificaba la disidencia (Cosse & Markarian, 1996:12). Serán los pormenores de una etapa que volverá a instalar sus rasgos más dramáticos y excluyentes

²³ Las citas de Barrán corresponden al órgano periodístico de Luis Alberto de Herrera, *El Debate*, 7 de febrero 1932, “La `obra´ batllista”, p.3; la opinión de la Asociación Rural en el diario riverista (antibatllista), *La Mañana*, 26 de febrero 1932, “La reforma de las leyes de inmigración. La Asociación Rural se dirige al Presidente de la República”, p.3; *La Tribuna Popular*, 10 febrero 1932, Editorial. *Ibidem.*; pp.132-3.

²⁴ La cita de Caetano (1993) corresponde a *Discursos...*, pp. 293-4; op.cit, p.202.

—si es que alguna vez desaparecieron— cuarenta años después de la “*dictablанда terrista*”²⁵, pero ahora, con el relevante protagonismo militar.

3.3. Nuevos brillos para un dogma aquilatado

A mediados del siglo XX será otro Batlle el que renueve el corpus ideológico batllista, ciertamente adaptado a una coyuntura signada por la Guerra Fría. Otros serán, también, los adversarios. Los cabildos abiertos y el acuerdo electoral Herrero-ruralista de 1958 pondrá en un primerísimo lugar a Benito Nardone, periodista del diario *El Día* en sus comienzos que terminará consolidándose en la actividad radiofónica.

La Liga Federal de acción Ruralista, desprendimiento de la Federación Rural conducida por Nardone (Chico Tazo) y Domingo Bordaberry, surge como grupo gremial de presión para ir transformándose en fuerza política. En uno u otro escenario, las altas clases rurales pensaban que su gravitación no era todo lo efectiva que debía y podía ser para el desarrollo del país. La versatilidad en la coyuntura será una constante que identificará al nuevo movimiento. En buena medida, el ruralismo se convertirá en la prolongación de un pensamiento conservador aletargado desde la desaparición física de Reyes e Irureta Goyena (Trigo, 1990).

Con todo, dos elementos fundamentales incorpora Nardone al reformulado tradicionalismo conservador: una autoproclamada herencia artiguista y un bilioso anticomunismo que hábilmente instrumenta contra el estado batllista; “*comunismo chapa 15*” dirá a modo de slogan difamador hacia la fracción colorada de Luis Batlle Berres que impulsaba la industrialización “artificial”, el “desborde” burocrático y el “exceso” impositivo “devorador” de las divisas producidas por el agro. De hecho, comunistas entonces eran Quijano, Alba Roballo, los demócratas cristianos, Zelmar Michelini, Flores Mora, los socialistas y todo aquel que criticara al imperialismo norteamericano, e incluso, simultáneamente, al soviético.

Las más modernas técnicas de comunicación de masas como soporte de una retórica de corte criollista-nacionalista —de obvio contacto con el nativismo de Regules— despertarán la expectante simpatía, con una carga no menor de confusión y

²⁵ Ha encontrado resonancia en la historia del país la caracterización de la dictadura terrista (1933-1938) como “*dictablанда*”. En realidad fue una dictadura que poco tuvo de blanda. Usó duros mecanismos represivos cuando fue necesario (destierros, prisiones, destituciones, torturas). Los derechos del hombre (recién en la década del cincuenta del siglo XX comenzaron a hablarse de derechos humanos) fueron permanentemente violados (Porrini, 1994).

desorientación, entre los numerosos intelectuales de la época. Mientras que para algunos le valdría ser denunciado como un movimiento rural fascista²⁶, otros como Methol Ferré, Real de Azúa o Reyes Abadie verán allí, en un principio, la posibilidad de concretar la reforma agraria y la efectiva integración americana. De cualquier forma, el ruralismo actuará como catalizador de actores en una sociedad que empieza a cuestionarse, con una carga no menor de polarización y conflicto, dejando en el ocaso a la “Suiza de América”, y finalmente, una izquierda que comienza a nacionalizarse.²⁷

Para terminar, las ulteriores promociones que se dieron a conocer siguiendo ese rumbo –al que Real de Azúa denomina “ruralismo empresario”– pueden encontrarse en los planteos de Gallinal Heber y Frick Davie (Real de Azúa, 2012). Con todo, la novedad de los últimos coletazos de la década del sesenta será la *“predisposición estructural de los altos niveles sociales [poder político y económico] a cuajar en sector dirigente unificado”*. Es decir, a fines de 1967 el elenco político dirigente será desplazado paulatinamente de los cuadros de mando por el nivel empresarial. Las “fuerzas vivas” del campo transferidas al gobierno –léase, Ministerio de Ganadería, entre otros organismos públicos– no serán la excepción. La irrupción del “intruso político”, término que extrae Real de Azúa de la sociología del poder de Mills (1956) cuando caracteriza al magnate económico que salta de la desimplicancia a las más altas responsabilidades del Estado, no tendrá con su perfil gerencial y tecnocrático el estilo de “compromiso” hacia el electorado de los elencos partidarios (Real de Azúa, 1969:53).

²⁶ Citado por Trigo, op.cit., p.172, al referirse a la obra de Amilcar Vasconcellos, *“Un país perdió el rumbo”*, Montevideo, Editorial Medina, 1959.

²⁷ El revisionismo histórico de los 60 despoja al *establishment* el monopolio ideológico de la conciencia histórica al tiempo que crece el deterioro de la imagen del Estado y de los sucesivos gobiernos colegialistas/presidencialistas. A partir de la experiencia electoral del Partido Comunista con el FIDEL (Frente Izquierda de Liberación) y el Partido Socialista de Vivian Trías, que rompe con la antigua línea frugoniana al aplicar la estrategia de “socialismo nacional” procurando aglutinar en la Unión Popular a cristianos, ex ruralistas, terceristas y seguidores de Enrique Erro, un dirigente escindido del Partido Nacional; todos apelarán, con mayor o menor originalidad, a la figura de Artigas, que irá perdiendo su rol de ideomito fundacional de la nación-estado para convertirse, en manos de la disidencia, en ideomito subversivo de la misma. Dicho lo cual, lo que finalmente comprende la izquierda uruguaya, más concretamente el novel Frente Amplio de 1971, es que para acceder a las masas que hacen posible los grandes movimientos de la historia, es menester alojarse en la etiología de las mismas. Es preciso, en palabras de Baltasar Mezzera desde *“Blancos y colorados”* (1952), “gauchificar” el discurso. Citado por Trigo, ibídem., p.222.

4.El discurso militar

“Desviarnos de los principios que defendemos significaría traición a la patria, y si las circunstancias hicieron variar procedimientos, por su propio carácter de excepcionalidad, solo pretendimos corregir el rumbo; vueltos a la ruta trazada, pondremos régimen de navegación normal (...) en salvaguarda de los fundamentales valores de la República”

Vice Almirante Hugo Márquez²⁸

“El pueblo ya hizo conciencia sin palabras; con sólo salir a la calle (...) ya podemos palpar que (...) el país es otro. Esto significa que, básicamente, el pueblo hizo conciencia y no está en su sentimiento, su espíritu y su estilo de vida, el libertinaje social que nos querían imponer las mentes de inspiración foránea”

Revista “El Soldado”²⁹

4.1.La herencia autoritaria

La dictadura que comenzó formalmente en junio de 1973 con la disolución del Parlamento por parte del presidente Juan María Bordaberry, dejando atrás una democracia agonizante que observaba impávida como las FF.AA saliendo de los cuartales asaltaban el poder, no fue original al buscar su identificación cultural en las

²⁸ Discurso pronunciado en ocasión del Día de la Armada. Publicado por la revista castrense “El Soldado”. Editado por el Centro Militar, n°55, noviembre de 1979, p.22. Citado por Perelli en “Someter o convencer, el discurso militar” (1987), p.32.

²⁹ “El Soldado”, n° 5, febrero 1975, “El pueblo ya hizo conciencia”, p.6. Citado por Cosse y Markarian (1996), 1975: Año de la orientalidad, Identidad, memoria e historia en una dictadura, op.cit., pp.77-8.

tradiciones del país. En efecto, de acuerdo al análisis de Marchesi (2001), el discurso militar –no solo escrito, sino también audiovisual– se apoyó en el pensamiento conservador uruguayo que se desarrolló durante el siglo XX en el campo académico, político y artístico.

Lo nuevo no será el contenido, sino como ese pensamiento penetró las diversas actividades de la vida social y se identificó con el Estado dictatorial. A partir de allí se construirá una visión monopólica de la tradición que resultará incuestionable en el ámbito público (Marchesi, 2001:57). La no consideración del otro y la ausencia de conflictos al excluir los relatos alternativos, ya sea acallando o marginando todas las voces que pudieran discutir las versiones oficiales, coadyuvaron a construir una visión de normalidad, optimismo y homogeneidad.

En este aspecto, Perelli (1987) señala la formación de fuertes identidades en el período dictatorial, propias de las comunidades religiosas, al sacralizarse determinados principios políticos con la consiguiente irrupción de la “verdad”, esa con mayúsculas, absoluta y totalizadora. El resultado final parece previsible: sistematización de todas las manifestaciones de la existencia humana.

Los militares sentían que estaban transformando el país a través de varios productos culturales cuyo inventario contenía una amplia gama de imágenes identitarias en lo que los uruguayos podían representarse. Estas imágenes intentarán construir a partir de la revitalización de costumbres y símbolos más antiguos un “nosotros” que expresará en la nación algo más que una política partidaria (Marchesi, 2001: 36).

Por otro lado, las progresivas relecturas de la realidad no solo pasan por la creación de “nuevos” mitos, sino por la demonización de otros cultos (en este caso, por lo que podría denominarse la cultura de izquierda, en primer lugar, y, posteriormente, la cultura inherente a la sociedad política en su conjunto). Precisamente, el “otro”, ajeno a la comunidad militar y a la entelequia civil que *todos* denominan “pueblo oriental”, no solo es el extranjero de antaño, sino el enemigo interno, subversivo, sedicioso o corrupto. En definitiva, un discurso de antagonismos entre el bien y el mal, entre la defensa del “ser nacional” que constituye la esencia misma de la “orientalidad” y la infiltración marxista respectivamente (Perelli, 1987).

El desafío de las FF.AA, convencidas de la misión providencialista y desarrollista que les compete en el marco de la Doctrina de la Seguridad Nacional, estará en la defensa y salvaguardia de lo que se creen los valores esenciales y permanentes, preexistentes al individuo. Los mismos fundamentan la existencia del Estado y la “Patria” estrechamente

relacionadas con las “auténticas” tradiciones y el interior del país, con los cuales, obviamente, los militares se identifican. Un ejemplo acabado de este tipo será la promoción de la “Semana de Lavalleja”, una fiesta popular de reafirmación de una identidad cultural en la que desde 1971 se conmemoraba la victoria de las tropas orientales lideradas por Lavalleja en la Batalla de Sarandí³⁰. Entre la “fecha nacional” y el acontecimiento estrictamente local moldeado por la noche de fogones, vigilia, actividades folclóricas, así como un solemne homenaje a Artigas, la instancia toda se verá rodeada de una aureola mística de naturaleza excepcional donde las palabras “devoción” y “peregrinación” se volverán recurrentes (Marchesi, 2001:43-53).

En esa dirección, *El magma interior*, tomando como referencia a García Canclini en *Las culturas populares en el capitalismo* (1986) y la tipología de Gilberto Giménez (1979), da cuenta de un tipo particular de fiesta tradicional que los militares procuraron resguardar con rígido control y recelo. Allí, la ruptura del tiempo normal, el carácter colectivo, comprensivo y global del fenómeno festivo, la consecuente necesidad de desplegarse en grandes espacios abiertos, la fuerte institucionalización, ritualización (con rasgos míticos-religiosos) y, finalmente, la impregnación de una lógica del valor de uso, de donde predomina la fiesta-participación, claro está, preestablecida rigurosamente por parte de los organizadores; se contraponen a las festividades urbanas. Estas, a diferencia de aquellas, se integran a la vida cotidiana con carácter extremadamente privatizador, son fragmentarias, “especializadas”, desarrolladas en espacios íntimos, laicas, seculares, espontáneas y con menor dependencia de un calendario estereotipado (De Giorgi, 2002:31-2).

Por consiguiente, retomando una de las veneraciones más importantes de estas fiestas locales, la figura de Artigas, el jefe de las fuerzas gauchas, se convertirá en la síntesis perfecta del momento al ser el fundador de la nación y el ejército. De esta manera, el ejército se sentirá depositario y continuador del legado artiguista, al decir el coronel Julio Laitano en el acto de homenaje a los “caídos en la lucha contra la sedición”: “Y es allí donde el verbo de la orientalidad debe vibrar porque: contiene nuestro pasado; porque: es sinónimo del pensamiento artiguista; porque: tiene fuerza moral para frenar a los corruptos (...) Esta doctrina es el único antídoto capaz de neutralizar la infiltración ideológica a la que estamos constantemente expuestos”.³¹ Después de todo, para los militares y civiles golpistas, el caudillo no fue ni un estadista —como lo ha mostrado la versión clásica— ni un revolucionario social —como lo pretende

³⁰ Enfrentamiento producido en 1825 entre los “patriotas” orientales y las tropas imperiales de Brasil.

³¹ *El Soldado* n°60, abril de 1980, p.16. Citado por Perelli en “Someter o convencer”, op.cit, p.44.

la izquierda–, sino el “*ideólogo nativo*”, aquél “*de las rebeldías naturales de la raza gaucha*” que “*tuvo la virtuosa visión de preservar a la juventud contra contaminaciones ideológicas perniciosas*”.³²

Con todo, el sentimiento nacional se transforma en algo claramente detectado, quien participe de las actividades promovidas por la dictadura va a ser más “oriental” en términos patrióticos y parte integrante del *nosotros* evocado/convocante. En efecto, la “orientalidad”, entendida como doctrina oficial moralizante, como cualidad espiritual, se levanta contra el “desarraigo uruguayo” instrumentado por la “psicopolítica marxista” cuyo único objeto es ir “preparando el terreno para facilitar la invasión ideológica”.³³ Precisamente, “las actuales circunstancias obligan a volver sobre la realidad histórica y retomar nuestra autentica nacionalidad: ORIENTAL y no URUGUAYA”, pues uruguayo ha sido la “anarco-democracia” en la cual han crecido aquellos que “reniegan de la orientalidad y cultivan una uruguayidad indefinida, amorfa, abstracta, maleable, acomodaticia”. En consecuencia, “*Gringos con modalidad uruguaya*”.³⁴ De allí, la condena a la emigración: “Uruguayo es el que se va, oriental el que se queda. El que se queda para luchar sin empacarse en la intransigencia obstinada”, porque ‘ORIENTALIDAD’ es Patriotismo y Decencia, Trabajo y Justicia, Respeto y Orden”.³⁵

Así pues, ser orientales significaba trabajo en silencio, respeto a la autoridad y el orden; un orden natural que recordaba y practicaba las añejas, y no por ello menos vigentes, enseñanzas conservadoras.

4.2. Algo nuevo bajo el sol

A medida que el acontecer político se fue desplegando, testimoniando a nivel gubernamental un mayor protagonismo militar, por todos los medios se intentó desarrollar un discurso “fundacional” que procuró no abandonar la escena pública. Su objetivo último fue testimoniar el nuevo país que creían estar creando. La intención de instaurar un remozado orden político implicaba la construcción de un “nuevo pasado” que legitimara el futuro que se intentaba cimentar. La vinculación de las sociedades

³² Doctor Celio Riet, “Orientalidad” en *El Soldado* nº 35, 1978, pp.36-7. Un año más tarde publicará “*Orientales y no uruguayos*”, Montevideo: Dirección Nacional de Relaciones Públicas, 1979. Citado por Trigo, op.cit, p.234.

³³ “Orientalidad”, op.cit, p.39; “Qué es la Orientalidad”, *El Soldado* nº 99, setiembre-octubre 1984, p.7. Citado por Trigo, ibídem.

³⁴ La cita de Trigo, ibídem., refiere a la obra Vidart y Pi Hugarte (1969) *El legado de los inmigrantes* (segunda parte) cuando se dice: “*El malón gringo transformó a los orientales en los uruguayos*”, p.55.

³⁵ “Orientalidad”, ibídem. Citado por Trigo, ibídem; p.235.

nativistas con las conmemoraciones y festividades nacionales organizadas por el régimen es un ejemplo de ello, como también lo es el protagonismo del cuerpo de Blandengues y de los descendientes de aquellos héroes de la patria (Marchesi, 2001:64; Cosse & Markarian, 1996:52).

Apelando a la periodización de Luis Eduardo González utilizada en “*Breve Historia de la dictadura*” de Caetano y Rilla (1987), en 1976 –conflicto mediante entre los militares y Bordaberry por el futuro de los partidos políticos, a lo que se agrega la suspensión de la convocatoria a elecciones generales– el gobierno inició el llamado “ensayo fundacional”. Sentando las bases del reordenamiento institucional y el tutelaje de los *esenciales* valores nacionales protectores de la contaminación foránea, la dictadura “*osciló con frecuencia entre lo restaurador y lo innovador, entre la ‘vuelta’ a lo ‘viejo’ y la ‘fundación’ de ‘lo nuevo’, en un juego pendular que muchas veces sustentó marchas y contramarchas*” (p.10) dentro de un proceso, a la postre fallido, que culminó con el triunfo del NO en el plebiscito constitucional de 1980.

Continuando con el trabajo de Marchesi, la idea cardinal de los militares era mantener una actuación protagónica en cualquier proyecto institucional de futuro. La ruptura con la tradición liberal democrática debía buscar legitimación en el pasado más reciente, pero también en los orígenes de la formación nacional (2001:60-1).

Los problemas del pasado reciente fueron los principales argumentos para justificar el golpe de Estado y el inicio de la “etapa comisarial”, lo que significaba, perfilando ya las propuestas “fundacionales”, “poner la casa en orden”. Sin embargo, para legitimar la continuidad fue preciso revalorizar las conmemoraciones del pasado más lejano vinculados a los orígenes nacionales con el claro objetivo de construir un nuevo orden político, justificador a la postre del régimen que se intentaba crear. Parafraseando a Perelli (1987) el *someter* se transmutó en *convencer*.³⁶

4.3.Un año oriental

A instancias de la propuesta elevada por Juan María Bordaberry al Consejo de Estado en 1974, el inicio de la euforia historicista del régimen comenzó por designar a

³⁶ La afirmación, si bien oportuna para caracterizar el período, no debe hacer perder de vista la escalada represiva que –lejos de cesar– se agravó con los asesinatos de los dos ex-legisladores Michelini y Gutiérrez Ruiz en el mes de mayo de 1976 en Buenos Aires, así como la continuación de las detenciones, destituciones y persecuciones de diversa índole sobre organizaciones y ciudadanos, fundamentalmente –aunque no exclusivamente– de izquierda.

1975 como el “*Año de la Orientalidad*”. De hecho, significó el puntapié inicial para el replanteo de determinadas bases culturales que observaban en el pasado la fuente de los valores éticos y morales que podían ser inculcados desde el Estado “*protegido*” por las fuerzas castrenses. De acuerdo al trabajo que sobre el tema realizaron Cosse y Markarian (1996), esta exaltación patriótica, que colmó el calendario nacional de simbólicas conmemoraciones, disertaciones y publicaciones, dispuso la celebración del “*Sesquicentenario de los hechos históricos de 1825*” (Desembarco de la Agraciada, Declaratoria de la Independencia, Batalla del Rincón, Batalla de Sarandí, entre otros).³⁷

Al igual que en otras instancias históricas, la dictadura uruguaya utilizó el pasado para consolidar y legitimar una coyuntura política. Procuró organizar su proyección de la historia en el presente. No obstante, como nunca antes, en los discursos estará la pretensión explícita de fundación histórica como una necesidad perentoria de la supervivencia nacional (Cosse y Markarian, 1996:15). Así pues, en el marco de un contexto autoritario, la propuesta *se expresó en la explosión de espacios y escenarios de conmemoración, en la [apropiación y] sacralización de determinados personajes históricos y [finalmente] en la ausencia de contrarrelatos públicos a la versión oficial*” (Marchesí, 2001:62).

Para tan ambicioso proyecto se designó una Comisión Nacional de Homenaje del Sesquicentenario de los Hechos Históricos de 1825 (CNHS) dependiente del Ejecutivo con la responsabilidad de programar, organizar y coordinar los múltiples festejos. Los elegidos fueron el general Esteban Cristi (Comandante de la División Ejercito I) y los profesores Fernando O. Assunção –a la postre artífice del MG– y Alfonso Llambías de Azevedo para los cargos de presidente, vicepresidente y secretario, respectivamente. Uno de los militares más influyentes de todo el proceso designado para fiscalizar los eventos culturales y dos civiles que, pretendiendo representar el saber erudito, lograban “*una perfecta alianza entre la historia y las letras*” respectivamente (Monné, 2014:108).

Por tal motivo, a través de la promoción de una serie de ceremonias estatales, expresión acabada de la liturgia laica, el “pueblo oriental”, como frente único y monolítico, comenzaba a establecer una comunión con determinados valores atemporales –nacionalismo y patriotismo– encarnados en las ocasiones y personajes más relevantes de

³⁷ Dentro del contexto de la llamada Cruzada Libertadora de 1825 se inscribe un largo proceso iniciado con el desembarco de las fuerzas revolucionarias en territorio oriental –por entonces Provincia Cisplatina bajo dominio brasileño luego de disolverse la unidad con Portugal– a efectos de quebrar el yugo imperial norteño y declarar, por consiguiente, la incorporación a las Provincias Unidas del Río de la Plata. Para algunos, la etapa, acompañada de las trascendentes victorias militares de Lavalleja y Rivera, culminará con la Convención Preliminar de Paz y el nacimiento de un nuevo Estado independiente (1828), para otros, con la Jura de la Primera Constitución (1830).

su historia (Cosse y Markarian, 1996:25). La instancia incluía los acontecimientos anteriores y posteriores a los hechos que se festejaban ese año, teniendo en cuenta que la Cruzada Libertadora culminaba el proceso independentista iniciado por Artigas. Al fin de cuentas, reflexionan las autoras, *el prócer* como aglutinador de la identidad nacional y la orientalidad, al trascender los partidos tradicionales, lograba enraizar en la historia las nuevas posiciones y roles de los protagonistas (p.66).

Como telón de fondo de una parafernalia estructura propagandística se encontraban una serie de imágenes publicitarias que convivirían con la vida diaria de las personas. De esta manera, los valores abstractos de la nación tomaban cuerpo en objetos tangibles de uso cotidiano como monedas, billetes, sellos conmemorativos y cuadernos escolares (Cosse y Markarian, 1996:34-8).

Mientras tanto, la agenda de conmemoraciones revelaba episodios tan inefables como el decreto de la nomina oficial de los Treinta y Tres Orientales, la aprobación del ascenso a general del coronel Leonardo Olivera, figura histórica de los tiempos de la Independencia, o bien, la creación por ley de la condecoración “Protector de los Pueblos Libres Gral. José Artigas”, otorgada por primera vez a Juana de Ibarbourou pero que entre otros agraciados estarán nada menos que Stroessner y Pinochet.

Por otro lado, avanzando en la obra de las autoras, no menos importante fue la influencia de la “fiebre patriótica” en el paisaje público. Individuos y acontecimientos con fuerte presencia en el entorno físico determinaron los criterios de nomenclatura histórica. Resulta un caso paradigmático la repatriación de los restos del coronel Latorre, referente histórico inequívoco de los militares, no ya de los civiles, y el bautismo de la calle Convención con su nombre. Un “nuevo” héroe incluido forzosamente en el panteón nacional.

Asimismo, la construcción del mausoleo de Artigas (inaugurado en 1977) y varios sitios vinculados a la “orientalidad” ascendieron durante 1975 al rango de “monumentos históricos”. Tal empresa buscaba conformar una colección de objetos evocativos de las zonas y valores del pasado definidos a priori como representantes oficiales de la identidad nacional. A partir de 1975 varias decenas de sitios y edificios entraron en la categoría de *reliquias*, denotando el interés gubernamental por definir e inventariar los límites del patrimonio histórico. Mediante esta sacralización un conjunto de objetos fueron aislados del entorno físico a efectos de preservar la “pureza” de los valores representados ante la siempre “amenazante” influencia “perniciosa” (Cosse y Markarian, 1996:41,43).

En esa dirección, cumpliendo con las disposiciones vigentes, los militares a través de la resolución N° 1170/976, firmada por el presidente de facto Aparicio Méndez y publicada en setiembre de 1976, resolvían elevar a la categoría de *reliquia* histórica nacional el monumento a “El Gaucho”. El mismo que en el verano de 1927 los sectores conservadores se sintieron orgullosos de inaugurar, y que, casi al unísono, pese a las discrepancias ideológicas que en otros aspectos mantuvieron entre sí, su antiguo adversario político, Pedro Figari, no hiciera más que conmovirse ante él.

4.4.El uso del gaucho

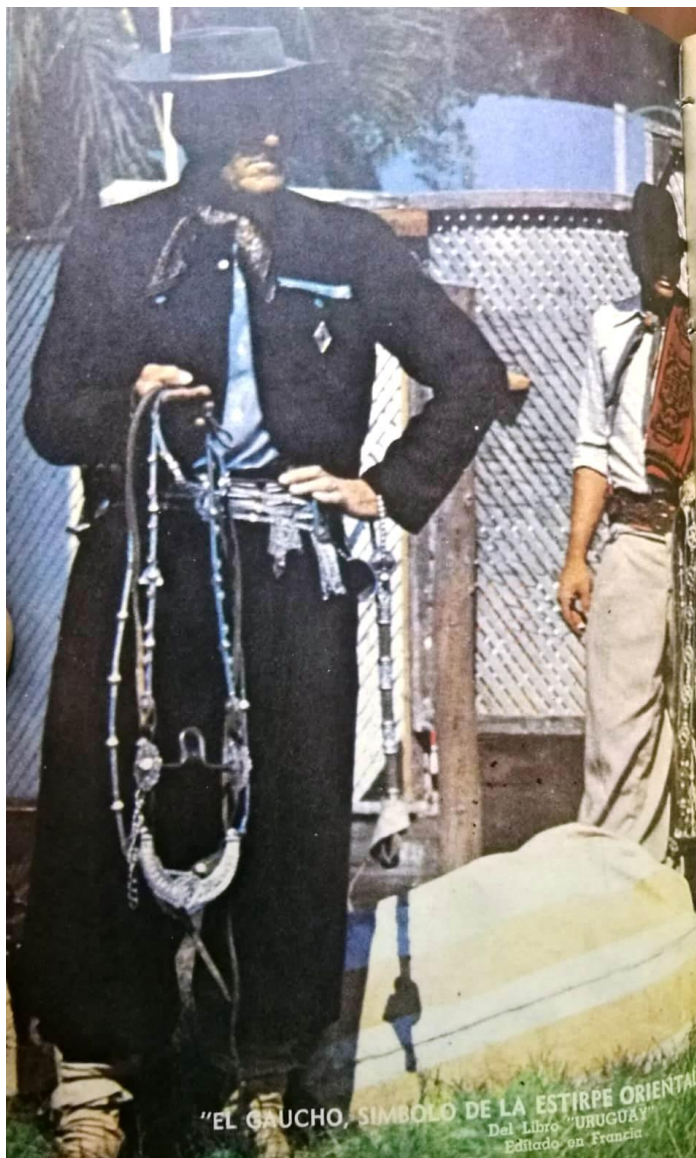
Como ya se ha planteado, los diversos espacios simbólicos que el régimen procuró asociar con la nación, vale decir lo oriental, tuvieron como finalidad exaltar la esencia misma de las “verdaderas tradiciones” cuyas referencias históricas directas estaban en el folclore gauchesco y el criollismo. El “gaucho” era el nexo entre el presente y el pasado heroico. El único pasado que relacionaba a las masas populares con la independencia y la ausencia de *nocivos* adoctrinamientos. Por esta razón, determinados grupos civiles del interior del país que buscaron mantener algunas de las costumbres de la citada cultura (la caballería gaucha de las sociedades nativistas) tuvieron una relación de privilegio con la nación y las FF.AA. En ellos se proyectó la representatividad del pasado por medio de la cual el presente dictatorial creyó verse legitimado (Marchesi, 2001:49).

Así lo hizo saber Siemens Amaro en el Consejo de Estado, en mayo de 1975, describiendo al gaucho como *“una coincidencia extraordinaria y hasta milagrosa del paisano nativo y el guerrero, con la expresión desafiante sobre su caballo; con la afirmación de esa actitud y de ese gesto se puede comprender el enigma de la denodada resistencia (...) que ofreció Artigas a las fuerzas invasoras (...) y se puede comprender, además, el milagro de la cruzada y de la campaña redentora de los Treinta y Tres, porque sin esa actitud y sin ese gesto del gaucho (...) esas hazañas gloriosas y muchas otras más, hubieran quedado cubiertas por las sombras irrevelables del misterio”*.³⁸

Un tiempo después, el general de la Fuente, al pronunciarse en el día del ejército nacional, reiteró este y otros conceptos, al decir: *“El espíritu del Ejército no es una abstracción, es el conjunto de normas institucionales y morales que conforman nuestra razón de ser [al verse reflejado] en la incesante búsqueda, en nuestra admirable historia, para mantener siempre vivo el recuerdo de los esclarecidos cabildos, y de los centauros*

³⁸ Diario de Sesiones del Consejo de Estado, 27/5/1975, Tomo 10, p.89. Citado por Cosse y Markarian, 1975: *Año de la orientalidad*, op.cit., pp. 81-2.

*gauchos que galoparon encorajinados por las verdes cuchillas de la Patria, para que nos sirvan de modelo en sus reflexiones y en su valor”.*³⁹



“EL GAUCHO, SIMBOLO DE LA ESTIRPE ORIENTAL”. Su personificación, apacible y en reposo, recuerda en muchos aspectos las escenas bucólicas de las pinturas de Blanes un siglo atrás. Publicado por *El Soldado*, nº60. abril 1980.

Sin embargo, advierte Marchesi (2001), el grado de artificialidad y manipulación política que realizó la dictadura sobre la tradición se tornó mayor que otras experiencias al incursionar en lo que García Canclini en *“Culturas híbridas”* (1989) llama *“teatralización del patrimonio”*, es decir, *“el esfuerzo por simular [y en algunos casos, caricaturizar] que hay un origen, una sustancia fundante, en relación con la cual deberíamos actuar hoy”* (pp.48, 50).

³⁹ “Día del Ejército Nacional”, *El Soldado*, nº74, junio de 1981, p.5. Citado por Perelli, op.cit, p.48.

Dicho lo cual, pese a todo, el apadrinamiento autoritario buscó revalorizar estas prácticas “*en tanto parte de las tradiciones autóctonas que expresaban el `arte vernáculo´ por oposición [una vez más] a la innovación y la influencia cultural externa*” (Cosse y Markarian, 1996:41,78). No por casualidad, ese país “criollo” que tanto interpelaba a el Uruguay batllista, secundado a su entender por el comunismo, excluyó sistemáticamente otras tradiciones por considerarlas extrañas. En ese sentido, la presencia del tango y fundamentalmente el carnaval, de clara influencia europea y africana, si bien toleradas, fueron desplazadas por otras modalidades culturales “más patrióticas” y autóctonas del terruño nacional (rural).

En tal caso, no podían existir dudas, desde una ideología que hacía del hombre de campo el prototipo del “buen oriental”, como determinadas virtudes asociadas a la firmeza, virilidad, abnegación y austeridad estaban encarnadas en la tradición, así como en la continuidad histórica que todos los habitantes del país debían asumir. Las prédicas de Herrera, Reyes e Irureta Goyena retumbarían en las escuelas, fábricas y oficinas. Representarían la genuina apropiación de una serie de pensamientos que, confluyendo en un discurso referencial unificado bajo el signo del autoritarismo, penetrarían todo espacio público al ritmo de las marchas militares.

5.El museo

“Crear un Museo del Gaucho es proporcionar el estudio de una época en nuestro proceso histórico; es rescatar del olvido al elemento humano que, surgido en plena naturaleza, muestra rasgos que hacen de él una figura singular, prototipo del coraje y del amor a la libertad (...) Un héroe anónimo de tantos combates, de gravitante presencia en la orientalidad, brazo ejecutor de las arremetidas de las huestas patrias [que supo ofrendar] su bravura y su sangre (...) Si de los orientales depende su evocación, con él lo ayudaremos a lograrla.”

General José M. Siqueira⁴⁰

5.1.Las vitrinas del pasado

A lo largo de 1975 los museos, concebidos como ámbitos diseñados especialmente para producir y reproducir la cultura y la memoria de una colectividad, fueron parte de las preocupaciones del elenco gubernamental dictatorial. Con ellos se buscaba fomentar el sentimiento patriótico en una apelación “tradicionalista” al pasado por medio de la exhibición, en las alturas o tras las vitrinas, de los objetos representativos de la nación.

La “fiebre” historicista, tan integrada al entorno cotidiano con los monumentos y la nomenclatura, adiciona los museos como espacios sagrados –cuasi santuarios– donde los individuos concurren con la intención expresa de conocer el pasado, en una operación de clasificación donde se decide qué conservar y lo que no importa perder.

En verdad, lo que aquí se plantea es la estrecha relación entre identidad, memoria y materialidad. Es decir, el uso de lo material como estrategia para interpretar lo patrimonial como un repertorio fijo de tradiciones condensadas en objetos (Cosse y Markarian, 1996:56-8; De Giorgi, 2002: 86; Hernández, 2006:264). El modo en que se

⁴⁰ “Siqueira: Museo evoca heroísmo de los gauchos”, *El País*, 1º de setiembre de 1979, p.1; “El Brou inauguró ayer el Museo del Gaucho”, *La Mañana*, p.5.

recrea esa identidad busca –dice García Canclini– “una coincidencia ontológica entre realidad y representación, entre la sociedad y las colecciones de símbolos que la representan. Lo que se define como patrimonio e identidad pretende ser el reflejo fiel de la esencia nacional”.⁴¹

En efecto, el interés por reordenar el patrimonio nacional, por volver a organizar y exponer colecciones de objetos significantes traducidos en una densa cultura material, se vivencia –en términos de Álvaro de Giorgi– de un modo *metafísico*. Todo está puesto para la veneración pública. El museo es el espacio privilegiado donde se deposita y protege el patrimonio, es “la sede ceremonial”, un lugar de celebración donde se reproduce “el régimen semiótico con que los grupos hegemónicos lo organizan”.⁴²

De acuerdo a Cosse y Markarian, el año de la “orientalidad” fue un momento propicio para la apertura y reordenamiento de varios museos: acondicionamiento de la finca de Ordoñana, donde Blanes pintara el “Juramento”; reparación de la casa de los hermanos Spikerman (participantes de la Cruzada Libertadora); reformas en los museos militares de la Fortaleza General Artigas y Santa Teresa; concreción del “Museo del Fútbol” en la tribuna Olímpica del Estadio Centenario; apertura del “Museo de Arte Precolombino y Colonial”, dependiente de la Intendencia Municipal de Montevideo (p.57).

Con todo, el MG deberá aguardar algunos años más para su inauguración (1979). Igual panorama, desde otro espacio de conmemoración, ocurrirá con la “Plaza de la Nacionalidad Oriental” en la zona histórica de Tres Cruces (1978). Allí se eruirá un amplio lugar de sobrios trazos rectos pensado para actos masivos con una gigantesca bandera nacional izada en su centro a modo de monumento (Marchesi, 2001:73-80).

5.2.La peregrinación de una colección

Dentro de esta concepción museística y patrimonialista el CNHS no podía dejar pasar la oportunidad de organizar una muestra histórica de amplia envergadura en el mismo Palacio Legislativo. En julio de 1975 abría sus puertas al público el “Nacimiento de Nuestra Nación” con una puesta en escena, digno de un montaje teatral, de luces,

⁴¹ García Canclini, *Culturas híbridas*, op.cit., p.152 Citado por Cosse y Markarian, *1975: Año de la orientalidad*, op.cit., p.58.

⁴² García Canclini, *Culturas híbridas*, Ibídem., p.158. Citado por Cosse y Markarian, *1975: Año de la orientalidad*, Ibídem., p.57.

colores y banderas flameando. El propósito no buscaba otra cosa que enaltecer –aún más– la monumentalidad de la simbólica “casa de las leyes”.

La propuesta sigilosamente diseñada para imprimir en cada visitante una percepción tangible del “espíritu nacional” se centraba en los hechos épicos y figuras *sobresalientes* forjadoras de la independencia. De hecho, los acontecimientos comprendidos entre 1811 y 1830 representaban para la dictadura “el nacimiento de la nación”.

Desde esta lectura del pasado, los organizadores reunieron una serie de objetos con el propósito de transmitir la *vocación* nacionalista en el devenir de un tiempo que procurará, en un acercamiento más emotivo que racional, fortalecer los atemporales lazos nacionales (Cosse y Markarian, 1996:61). Así, en uno de los solemnes salones del Palacio Legislativo, en un recorrido unidireccional, monolítico y cerrado que coartaba la posibilidad del visitante de elegir su propio itinerario y, por ende, truncaba el desarrollo de sus propias interpretaciones, se hallaba el espacio dedicado al gaucho.

Entre cuchillos, espuelas, desjarretadores y rebenques de la colección particular de Assunção, quien de forma tan detallada describiera buena parte de esta cultura material en *Pilchas criollas* (1976), el autor acompañado por las ilustraciones de Federico Reilly lograba convertir a los *gauchos sueltos* de Artigas en esforzados productores rurales con decisiva participación en cada etapa del pasado nacional. Un “genuino” representante de la cultura *propia* de nuestro país y su gente. Tal interpretación no constituía un aporte original, por el contrario, presentaba puntos de contacto con la lectura romántica, tanto en la labor literaria como escultórica, de los artistas –Juan y José Luis– Zorrilla de San Martín (Cosse y Markarian, 1996:81).

Un prólogo que desde *Pilchas* enfatizaba el cultivo y fomento de un “*patriotismo sano, vital, vigoroso, autentico, constructivo, viril, optimista, sólidamente apoyado en las tradiciones espirituales y culturales que definen nuestro ser como nación*”, “*en apariencia antigringuista pero en realidad pro-uruguaya*”, no dudaría en replicar con el nacionalismo individualista criollo “*la gigantocracia de las masas, que manejan las súper potencias materialistas, sean las de la dictadura burócrata marxista oriental, o del capitalismo liberal demócrata-formalista occidental*”. Al fin y al cabo, el gaucho era un “*ser revolucionario que empuñó las armas en defensa de sus ideales (...) un constructor de la Patria, nunca un destructor [proveniente de un pueblo rural], “el más olvidado, humilde y a la vez auténtico y sólido cimiento y baluarte de la nacionalidad*” (Assunção, 1976: 10-4).

Tales afirmaciones no podían provenir de un improvisado en la temática. Muy por el contrario, el profesor Assunção era autor de una serie de obras datadas de mucho tiempo atrás, entre las que se encontraban: “*Génesis del tipo Gaucho en el Río de la Plata*” (1957), “*Nacimiento del Gaucho en la Banda Oriental*”, apartado del boletín histórico del Estado mayor del ejército (1958), “*El Gaucho*” (1963), “*El Mate*” (1967), “*El Gaucho, su espacio y su tiempo*” (1969). Además, como miembro fundador y presidente del Consejo Ejecutivo Honorario de las Obras de Preservación y Reconstrucción de Colonia del Sacramento, integrante de los institutos Histórico y Geográfico del Uruguay y del Brasil, del Panamericano de Geografía e Historia de la OEA y de las academias de Historia de España, Argentina y Portugal; el historiógrafo y especialista en antropología social, abocado a los temas identitarios rioplatenses, poseía un vasto recorrido por el ámbito académico y la actividad pública.⁴³

En resumidas cuentas, la muestra histórica de 1975 en el Palacio Legislativo llevará a su máxima expresión la fetichización de la cultura material: botas de potros, lanzas, ponchos, pañuelos, sombreros, lazos, aperos de la caballería criolla rioplatense, cintos, mates, piezas de la orfebrería rural, tan característico del repertorio museístico criollo no solo en Uruguay sino de la región. La instancia toda será el preámbulo de lo que vendrá al definir un largo recorrido para muchas de estas piezas (colección gauchesca en general y platería criolla en particular) que ya habían sido objeto de exhibición en anteriores eventos especializados como “El gaucho y su medio”, Montevideo, 1962; “El caballo en el arte y en la historia”, Buenos Aires, 1966.

5.3. Se levanta un nuevo altar

El organismo público que albergó al MG no fue otro que el Banco de la República, la institución nacional que abrió sus puertas al público en octubre de 1896. Así, con el transcurrir del tiempo, el Directorio de 1978 tomó la decisión de crear una nueva dependencia cultural y artística, un nuevo espacio vinculado al existente pero interrumpido Museo Bancario en un local continuo al anterior.⁴⁴ Sin embargo, la iniciativa no era la primera en el país. El “Museo del Indio y del Gaucho” en la ciudad de

⁴³ Ver https://web.archive.org/web/20131029185510/http://www.ipgh.org/spanish/noticias-ipgh2006/2006-06-01_Assuncao.htm

⁴⁴ Los trabajos cumplidos a efectos de rehabilitar el Museo Bancario remontan sus orígenes a la iniciativa de Alejandro Gallinal en 1923, y que se pusiera en funcionamiento en 1943, retomándose su actividad, otra vez suspendida, en 1961, bajo la dirección, en aquella oportunidad, del crítico de arte José Pedro Argul.

Tacuarembó remonta su origen al proyecto de Washington Escobar, un destacado investigador local en la década del cuarenta.

Por su parte, la nueva sección del Banco se constituyó bajo el título “*Museo del Gaucho-Motivos Populares Uruguayos*”, cuya instalación en el 1er. piso del monumental edificio de carácter historicista y lenguaje clásico de la Casa Central, obra del prolifero arquitecto italiano Juan Veltroni asociado con el también arquitecto Raúl Lerena Acevedo⁴⁵, fue dispuesta por resolución el 2 de febrero de 1978.⁴⁶

De acuerdo a las autoridades de la época, su creación, la que debía prever además un funcionamiento como muestra ambulante, cumplía una de las metas del Museo Bancario, esto es, ocuparse de la historia nacional y las bellas artes donde “*están vinculadas la platería criolla de uso gauchesco y, en general, las artes populares tradicionales, propias de la cultura del país*”, al entenderse desde los materiales promocionales “*que un Banco no es ni puede ser un cuerpo sin alma, un coleccionista de dinero, ni aún solo un dispensador de créditos*”.⁴⁷

Para pensar de esa forma se entendía que no era necesario ser un lírico, “*alcanzaba ser buenos patriotas, para comprender que un Banco, y menos aún el Banco de la República (...) no es, ni puede ser un injerto en el cuerpo social del país, y si no debe ser mirado como un agente providencial, menos aún debe ser visto como una versión del egoísmo*”. En efecto, como en etapas anteriores con el propio Museo Bancario y la organización de algunos importantes eventos artísticos, la institución creía que era necesario “*contribuir a mostrar el perfil cultural de la orientalidad que no se conoce bien fuera de fronteras, y que debe ser cada vez más sentido por los de casa, en la asunción total del más constructivo y puro sentido de la nacionalidad, reconocida y estimada en sus esencias originales*”.⁴⁸

De una manera u otra, con la creación del MG asociado al “celoso” cuidado “*de un patrimonio artístico formidable en sus valores materiales y de espiritual exaltación de*

⁴⁵ Inaugurado sobre los escombros del primer local, en febrero de 1938, el edificio terminó duplicando las dimensiones que el arquitecto había proyectado en sus comienzos a solicitud del Directorio, ocupando finalmente toda una manzana en la Ciudad Vieja. Como elementos destacados se puede mencionar la impactante planta principal en cuyo hall central reposa a modo de cubierta una bóveda de cañón con un frente vidriado. Las esculturas de su fachada fueron posteriores: la de Artigas, obra de José Luis Zorrilla de San Martín fue inaugurada en 1949, y el resto, basado en la “Epopeya de Artigas, las instrucciones del Año XIII y el Éxodo Oriental” fueron realizadas en 1950. Consecutivamente, las necesidades del Banco demandaron una nueva ampliación, esta vez en vertical (Baldoira, 2009). En 1975, el año de la orientalidad lo declaró Monumento Histórico Nacional por resolución N° 1097/975.

⁴⁶ Extracto de Acta de Directorio del Banco de la República Oriental del Uruguay n° 15.916, 2 de Febrero de 1978.

⁴⁷ *Museo del Gaucho-Motivos Populares Uruguayos* (1979), Banco de la República Oriental del Uruguay.

⁴⁸ *Museo del Gaucho-Motivos Populares Uruguayos*, op.cit.

lo [auténticamente] *nacional*”, el Banco República se sumaba a la tarea de avivar –desde las vitrinas gauchas y numismáticas– una entelequia que el “*nosotros*” denominada “pueblo oriental” al rastrear sus raíces, cual reflejo del pasado en el presente, en los propios usos de la historia. En este sentido, de acuerdo con el enfoque de Monné, la idea de tradición arraigada en el campo y la cultura gauchesca le era afín al profesor Assunção, el forjador del museo y un asesor insoslayable a esta altura en temas históricos, como le fue afín la interpretación que hizo el régimen del pasado nacional (2014: 121). “Un civil jugado por la causa” –dirá la autora– como pocos en el campo cultural pues, como el mismo Assunção señalaba en su estudio sociocultural del gaucha, ilustrado una vez más por el infatigable compañero Federico Reilly, el *hombre suelto de la campaña* “no fue, ni pudo ser jamás, el marginal que han pretendido señalar, en llamativa coincidencia, los tecnócratas agraristas, ultras en su teorización mercantilista y los escribas de la ‘*intelligentsia*’ marxista-leninista, zurdos de entre casa, con la verborrea clásica del materialismo dialectico” (Assunção, 1978:9).

Por tal motivo, en pleno conocimiento de esas tradiciones constructoras del *ser nacional* era menester defenderlas, “*hoy más que nunca*”, fomentando una vez más “*el patriotismo sano* [pero sin los desvíos materialistas] *que terminan, fatalmente, en los peores renunciamientos y caídas de los valores que se pretende defender y exaltar*” (Assunção, 1978:11).

En definitiva, conforme a lo señalado a lo largo de las notas preliminares, el gaucha no era “*un figurón literario*” o un “*trozo de carniza*” despedazado por el “revisionismo” que le considera “mito” o “bestia negra”. Más bien su imagen “*real*” es el “alma misma de la nacionalidad” perenne en el tiempo. Sin embargo, retomando la premisa del juego pendular *entre la ‘vuelta’ a lo ‘viejo’ y la ‘fundación’ de ‘lo nuevo’*, sin titubeo alguno se admitía que el remozado y fervientemente patriótico gaucha de 1978 no era ni podía ser el de 1963 prologado por Daniel Vidart, ni tampoco el de 1969, síntesis y revisión de aquél, ya que “muchas páginas eran casi idénticas, muchas diferentes, otras totalmente nuevas” (Assunção, 1978:10-1).

No es extraño, pues, que tanto en *Pilchas criollas* (1976) como en *El gaucha* de 1978, obras procedentes de una “*orientalidad*” a flor de piel, o para ser más concretos, preámbulos bibliográficos del MG, una auto-adjudicada atmósfera erudita pretenda *descontaminarse* y clausurar la discusión histórica-etnográfica al sustituir el prejuicio por el juicio, la familiaridad de los hechos del pasado por el conocimiento de los mismos, la mirada de lo que “*es*” y no lo que se desea. Es decir, emerge en la obra de Assunção una

narrativa preocupada por las exhaustivas citas documentales, la conceptualización científica en el plano de la investigación y la interpretación de la *verdadera historia* que deja atrás los estilos estéticos.

A pesar de ello, desde un comienzo el pasado glorificado se vuelve parte del presente, como conciencia de un autoconocimiento objetivo, al bregar por un “*patriotismo sano y constructivo*” personificado en un gaucho (el ser “tangible” alejado de la “ficción”) que no murió sino más bien se transfiguró (Assunção, 1978:445). Y es allí, donde se deja bien en claro, en una coyuntura que procura tener la última palabra, el acierto de sentirse gauchos a efectos de continuar manteniendo la genuina identidad frente a las fuerzas extrañas y aniquiladoras (¿marxismo?) (Assunção, 1978, vol. 2:569).

Por cierto, la propuesta cultural y los sectores que el referente intelectual de ascendencia portuguesa representaba (criollistas y nativistas) no eran recientes ni quedaban solo en el papel. Su afición por las colecciones (documentos, cuadros, grabados, objetos de artesanía popular) provenía de su padre, Octavio Assunção, así como la empatía por las tradiciones gauchescas de sus inspiradoras lecturas derivadas de la literatura costumbrista del escritor argentino Justo P. Sáenz (h.). Si bien sus primeras aproximaciones a las sociedades criollas se dieron en “*El Oriental*” al comenzar a bailar folclore –el otro tema de interés en su repertorio bibliográfico– junto a su futura esposa, Margarita Corallo, una reconocida interprete de danzas típicas de la región; pasará luego a “El Pericón” –ambas desaparecidas– para ingresar finalmente a la “Sociedad Criolla” fundada por el doctor Regules.⁴⁹ En dicho lugar, rebautizado posteriormente con el nombre de su fundador, a la postre también evocado y reverenciado por los tradicionalistas, el profesor Assunção terminaría ocupando diversos cargos de responsabilidad en su Directiva.⁵⁰

Más aún, las vinculaciones con estas sociedades continuaron siendo intensas después de la creación del MG. A fines de 1980 aparecía *El Chasque*, boletín del Movimiento Tradicionalista Oriental (MTO), un espacio que abogando por la “*doctrina tradicionalista de la orientalidad*” congregaba a todas las sociedades criollas y nativistas afiliadas.⁵¹ Desde allí se reproducirían fragmentos de la obra del profesor, al tiempo que en octubre de 1983 se daría cobertura en la sala “Vaz Ferreira” a la sesión inaugural de

⁴⁹ Entrevista telefónica realizada a Cecilia Assunção, hija del profesor Assunção, setiembre de 2018.

⁵⁰ En el artículo titulado “Prof. Fernando Assunção: 50 años en las huellas del Dr. Elías Regules”, suscripto por Margarita Assunção, se pone de manifiesto gran parte de la obra del profesor en la “Sociedad Criolla”. Allí se destaca la recreación de un poblado de campaña y el reordenamiento del Museo en homenaje a su fundador, “*120 años Sociedad Criolla Dr. Elías Regules (1894-2014)*”, Montevideo, 2014, pp. 34-5.

⁵¹ *El Chasque*, boletín del Movimiento Tradicionalista Oriental, año 1, n°1, diciembre de 1980.

“*Malbajar*”, una Academia de Estudio Tradicionalista integrada nuevamente por treinta y tres simbólicos miembros en homenaje al *patriarca* Regules.⁵² Fernando Assunção y Federico Reilly, el *ilustrador* de la cultura gaucha, estarán muy vinculados al centro de estudio. Serán parte de los “treinta y tres” académicos que asesorarán a un movimiento que tuvo en su directiva al doctor Celio Riet, aquél de la tesis “orientales sí, uruguayos no”. Además, las vinculaciones no se agotarían allí: el mismísimo presidente de la república, tte. gral. Gregorio Álvarez, sería presidente de honor del MTO en 1983.⁵³

Retomando la base de la colección gauchesca en general y de la platería criolla en particular, la misma fue adquirida por el Banco al profesor Assunção a fines de 1977, oportunidad en la que se tomó conocimiento de la posibilidad de que las piezas que la integraban podían ser enajenadas, motivo por el cual las autoridades entendieron que las mismas debían ser patrimonio del Estado por su elevado valor histórico.⁵⁴ De hecho, para los protagonistas de la época, la concreción del Museo tuvo su origen en dicha iniciativa liderada por el Presidente del Directorio, general Abdón Raimúndez, el Vice-Presidente, contador Moisés Cohen Berro, y el Director, contador Raúl Ferraro.

En verdad, la documentación oficial del Banco República evidencia una conducta volitiva institucionalmente homogénea y, a su vez, responsabilidades individuales poco precisas. No obstante, de acuerdo a las fuentes consultadas, fue Cohen Berro, contador en su momento de Jorge Batlle, ministro de economía en el gobierno de Bordaberry, director de la OPP (Oficina de Planeamiento y Presupuesto), un ávido lector sobre la amplia temática nacional, vigoroso “defensor” de los valores “inherentes” al terruño oriental, y por ende, conocedor de la obra de Assunção, quien finalmente estableció el nexo entre el profesor y la institución bancaria. A partir de allí, la compra de la colección y la futura instalación del MG se materializarán a través del intelectual referente en su área de competencia y el jerarca integrante del Directorio. Ambos afanosos seguidores de la historia nacional, uno desde la investigación y el otro desde la lectura: muy partidarios “de lo nuestro” y de la necesidad de resguardar institucionalmente una colección de elevado valor histórico-artístico. Dicho sea de paso, como no podía ser de otra manera,

⁵² Los simbolismos de “*Malbajar*” no estaban solo en su integración sino también en su propio nombre: será el vínculo emocional que una a los tradicionalistas con el lugar de la infancia de Regules, así como a los versos de “*Mi Taparea*”, obra emblemática del tradicionalismo escrita por este al influjo de dicho arroyo.

⁵³ *El Chasque*, op.cit., año 2, n°2, febrero de 1981. El n°3 (1983) será editado por el Ministerio de Educación y Cultura. El mensaje de continuar asociando el régimen con los exponentes de la tradición resulta claro y contundente al patrocinar este tipo de publicaciones.

⁵⁴ Extracto de Acta de Directorio del Banco de la República Oriental del Uruguay n° 16.215, 28 de Agosto de 1979.

todas estas instancias fueron recibidas con beneplácito por las diversas autoridades del gobierno cívico-militar.

Tanto como Cohen Berro y Assunção, un sector de la población sintiendo íntimamente la causa, sin vínculo aparente con las sociedades criollas, acompañó la prédica criollista. Así lo hizo saber la *Revista Bancaria*, auspiciada por el Club *19 de junio* (empleados del Banco República), al abogar por el resurgimiento del tradicionalismo y el folclore, incluso mucho antes de la instalación del MG (1975). O bien, con estilo *assunçaniano* –de aceptarse la expresión– el mismo columnista, Tito Domínguez, emulando a *Pilchas Criollas* preguntaba en un nuevo artículo: “*Qué sabemos de la vestimenta de nuestros criollos?* (1976).⁵⁵

Pese a que no podemos aseverar con precisión el grado de compromiso de los diversos funcionarios público con el proyecto del régimen en el campo de la cultura, es probable que aquí como en otros ámbitos hayan existido arribistas y militantes, oportunismo y convencimiento (Monné, 2014).

Aún así, llama la atención la escasa cobertura periodística y el exiguo a nulo registro documental en las publicaciones oficiales (civiles y militares) sobre la creación y posterior inauguración del MG. Los silencios de las emblemáticas revistas *El Soldado* del Centro Militar y *Uruguay al mundo*, una publicación cuyas ediciones en inglés y francés mostraban *lo mejor* del país, “*for export*”, emitida en principio por el Ministerio de Relaciones Exteriores (1974-1979) para luego pasar, en color y suave papel, a la Dinarp (1980-1983)⁵⁶, son el reflejo de una situación particular.

Porque, si bien los museos poseen un selecto y limitado alcance al no estar integrados –dicho una vez más– al entorno cotidiano como los monumentos y las plazas públicas, los mismos en la dictadura fueron citados en reiteradas oportunidades. Basta mencionar como ejemplos el Museo Precolombino de la Intendencia de Montevideo y la Fortaleza de Santa Teresa. Más aún, existiendo una frondosa literatura sobre los tópicos *auténticamente nuestros* como los perros cimarrones, los ranchos y caballos criollos, las danzas tradicionales y el folclore gaucho tan frecuentes en la dictadura⁵⁷, las interrogantes

⁵⁵ *Revista Bancaria*, *19 de junio*, club de empleados del Banco República. Director, Alfonso Di Landro, año 1, nº1, 1975; año 2, nº2, 1976.

⁵⁶ *Uruguay al mundo*, 1974-1979, editado por el Ministerio de Relaciones Exteriores; 1980-1983, editado por la Dirección Nacional de Relaciones Públicas (Dinarp). Este órgano creado en 1975 por un decreto-ley de la presidencia de Bordaberry tenía la doble tarea de producir información que los medios de comunicación debían replicar y censurar las que estos producían (Marchesi, 2001:12-3).

⁵⁷ Ante el citado mutismo de *El Soldado*, al mes siguiente, en un nuevo recordatorio del fallecimiento de Artigas, un desfile con más de 900 nativistas por la capital del país era titulado a dos páginas completas como “Las perennes tradiciones criollas”. *El Soldado*, Octubre de 1979, año 5, nº54, pp.26-7.

se abren paso aguardando futuras investigaciones: ¿acaso por ser una iniciativa civil merecía una *tímida* ponderación?, o bien, ¿puede concebirse una *lánguida* promoción al no estar erigido en un *sagrado* ambiente histórico *per se* o en una *inexpugnable* fortaleza militar?

Con todo, más allá de las incertidumbres, la muestra del MG se integró además con otros objetos que habían formado parte de numerosos coleccionistas privados nacionales y argentinos, como Leonardo Danieri, Serratosa Cibils, Silva Valdés, Regules, Muniz Barreto, Delucchi, MacColl, Anaya y Octavio C. Assunção.⁵⁸ Al mismo tiempo, no menos importante fueron los artistas orfebres que realizaron los diversos artículos de platería (Martínez, Torricella, Bellini, Barnetche, Alipio Suárez, Valenti, Ródano, Rivero, Ananía, Scigany, etc.), así como sus originales propietarios, muchas de ellos destacadas personalidades de la historia (Máximo Tajés, Pablo Galarza, Máximo Santos, Aparicio Saravia, Máximo Pérez, Pantaleón Artigas, etc.).

A todo ello, cabe agregar para finalizar un somero recorrido por la colección, la incorporación de un conjunto de bronceos relacionados al ser y quehacer del gacho de los más diversos escultores, vale decir: Belloni, Zorrilla de San Martín, Escalada, Reilly.

En lo que refiere a las autoridades, la resolución de 1978 establecía la designación por parte del Directorio de una Comisión para ejercer la superintendencia de las actividades del Museo, integrada a la postre por el Vicepresidente, general Siqueira, intendente interventor de Maldonado en el período 1973-1976, el Gerente General, Ruben A. Pascale y el Secretario General, Oscar Goldie Arens. Asimismo, se nombraba al profesor Assunção Director-Conservador Honorario, siendo responsable a su vez de supervisar el proyecto museográfico y posterior montaje del mismo en lo referente al Gaucho atento al ofrecimiento que él mismo elevara a la institución, mientras que, de forma coordinada, Raúl de Medina –funcionario del Banco Central y ex empleado de la institución– colaboraría con la rehabilitación del Museo Bancario desde su experiencia en materia de numismática.⁵⁹

En definitiva, como se había dispuesto con anterioridad, pero ahora con el Presidente Moisés Cohen Berro y el Vice-Presidente José M. Siqueira, el 31 de agosto de 1979 abría sus puertas al público de manera oficial el MG y se rehabilitaba el Museo Bancario. De acuerdo a la cobertura del siempre dispuesto diario *El País*, el acto precedido por los discursos del general Siqueira y el profesor Assunção adquiriría su momento culmine al cortarse la cinta inaugural por parte del Comandante en Jefe del

⁵⁸ *Museo del Gaucho-Motivos Populares Uruguayos, op.cit.*

⁵⁹ Extracto de Acta de Directorio del Banco de la República Oriental del Uruguay nº 16.215, op.cit.

Ejército, teniente general Luis Queirolo, al tiempo que la esposa del general Raimúndez recibía el catálogo oficial del *santuario* confeccionado oportunamente en los talleres gráficos del Banco.⁶⁰

Por cierto, la obra de las piezas expuestas, redactada por el novel Director del Museo, no pretendía disimular la continuidad con *Pilchas Criollas* y, aunque con menos adjetivaciones, *El gaucho* de 1978, al considerar, una vez más, la importancia en lograr que los visitantes “*orientales y extranjeros, [conocieran] los aspectos más llamativos (...) de nuestro pueblo rural, el más auténtico y sólido cimiento de la nacionalidad, para así querernos y mejor comprendernos*”.⁶¹

Sin duda que, de conformidad con todo lo dicho, la participación del profesor Assunção fue funcional al discurso del régimen al colaborar en la elaboración de un particular relato histórico legitimante (Monné, 2014:114). No obstante, de acuerdo a su comprometida trayectoria (pública y personal) se puede afirmar sin vacilaciones que el proceso le fue también funcional al poder concretar en diversos ámbitos un proyecto que a su entender era el mejor para el país.

En consecuencia, a partir de la inauguración, el Directorio comenzará una rigurosa campaña a efectos de dar a conocer el lugar de la memoria del Banco República. De acuerdo a los objetivos planteados –invitación expresa mediante– la atención estaría dirigida principalmente a determinados sectores del público: los visitantes extranjeros y el estudiantado nacional. Desde entonces, el foco de interés apuntaría expresamente a los cuerpos diplomáticos acreditados en el país, así como a los alumnos y docentes de Educación Media, especialmente a los liceales del interior del país, haciéndose cargo el Banco del correspondiente costo de los pasajes.⁶²

La Dinarp también hizo lo suyo al difundir el acontecimiento a través de un breve documental cinematográfico. Allí, con un lenguaje específico y una estética particular –como bien describe Marchesi a los noticieros para cine de la época– la *voz en off* acompaña la música apacible y el ambiente parsimonioso de las imágenes, asociadas a una fascinación cuasi mágica por los objetos de las vitrinas. El relato final refuerza aún más la argumentación vigente en ese momento: la conveniencia de instaurar un espacio dedicado a salvaguardar el legado cultural de la nación oriental (el gaucho) a efectos de mantener “*viva la esencia original de la nacionalidad*”.

⁶⁰ Extracto de Acta de Directorio del Banco de la República Oriental del Uruguay nº 16.218, 3 de Setiembre de 1979; *El País*, “Siquieira: Museo evoca heroísmo de los gauchos”, op.cit.

⁶¹ *Museo del Gaucho-Motivos Populares Uruguayos*, op.cit.

⁶² Extracto de Acta de Directorio del Banco de la República Oriental del Uruguay nº 16.218, op.cit.

Del mismo modo, la revista *ARTIGAS* de la Asociación Patriótica del Uruguay, una agrupación dedicada a la exaltación de los prohombres y hechos históricos vinculados a la afirmación de la nacionalidad, se impuso similar tarea al promocionar el nuevo museo. Partiendo desde un ángulo distinto al de las sociedades criollas, ambas, empero, podían confluír y arribar al mismo resultado de encontrarse en el relato patriótico la presencia palpitante del gaucho. Allí, privilegiando la imagen sobre el texto, resulta interesante remarcar la centralidad que poseen los objetos en el MG, dándole a entender al lector – o al visitante– sus facultades extraordinarias, como si los mismos hablasen por sí solos.⁶³



La inauguración del Museo, *La Mañana*, 1/9/1979, p.5.

⁶³ *ARTIGAS*, revista de la Asociación Patriótica del Uruguay. Director gral. (r) Omar Porciúncula -muy vinculado al Centro Militar- II época, año 3, nº IV, enero 1980.

5.4. Una muestra al estilo precolombino

La idea de poder crear un museo bajo la órbita de un banco no era novedosa. En efecto, como en otras instituciones nacionales del continente con los museos de la plata y el oro en Ecuador y Colombia (recientemente remodelados)⁶⁴, el Banco República creía tener con su platería criolla el equivalente –en territorio *oriental*– de aquella orfebrería indígena precolombina.⁶⁵

Sin embargo, en esta como en aquellas, todas las piezas expuestas de un pasado mitificado trascienden la materialidad para sumergirse en una dimensión intangible. Es decir, adquieren un valor simbólico por lo que invocan o logran evitar. Así, sea en principio para uso ornamental, instrumental o lo que fuere, los objetos terminan convirtiéndose en *reliquias* para los museos al definir mejor su valor por los alcances sobrenaturales que aspiran representar. Dicho de otro modo, dentro de un contexto de dinámicas (re) significaciones, los museos extraen de su evolución natural y la degradación temporal todo aquello que merece ser valorado al quitársele las cualidades funcionales originales e incorporársele nuevos propósitos (Hernández, 2012). En iguales términos puede ser tratado, por ejemplo, el sudario de Turín, o, en forma secular, el sable corvo de San Martín, arma que le acompañó al cruzar los Andes y en todas las batallas libradas.

Para las personas involucradas en la construcción del MG, las *pilchas* y los accesorios del gaucho, y por extensión de todos aquellos habitantes del medio rural, cobran una primerísima centralidad al verse legitimados socialmente como símbolos de identidad e ideologías. Diseñados en un momento histórico determinado por el alto apego al rescate “*de lo ya probado*”, los únicos vínculos con ese pasado heroico que se busca homenajear reposan en los objetos que evocan la tradición, entendida esta última como “la única e incuestionable” forma de proceder en su doble función: creadora de nacionalidad y protectora contra aquellas fuerzas *aniquiladoras*.

A partir de allí, ante una solemne contemplación y a una determina equidistancia del objeto venerado, *el ajuar* del gaucho, de acuerdo al primer catálogo del Museo (1979), fue clasificado en dos sectores: el hombre y el caballo. El primero quedó circunscripto para uso propio y el segundo para la equitación (Cuadro 1). Elaborado en cuero, madera, cuerno vacuno y platería, todo lo expuesto evidenciaría una minuciosa descripción del patrimonio cultural. Así, los materiales immaculados, descontextualizados

⁶⁴ Ver <http://muna.culturaypatrimonio.gob.ec/>; <http://www.banrepcultural.org/bogota/museo-del-oro>

⁶⁵ *Museo del Gaucho-Motivos Populares Uruguayos*, op.cit.

de su hábitat “natural”, petrificados en el tiempo, aún mantendrían para los organizadores la savia convocante: la de poder arropar a todos los uruguayos bajo una causa común.

Cuadro 1. Clasificación de los objetos expuestos en el MG (1979)

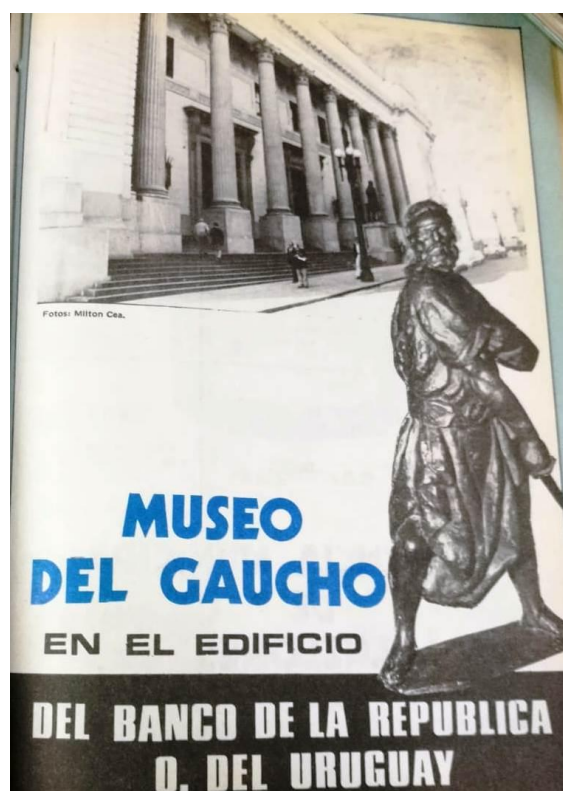
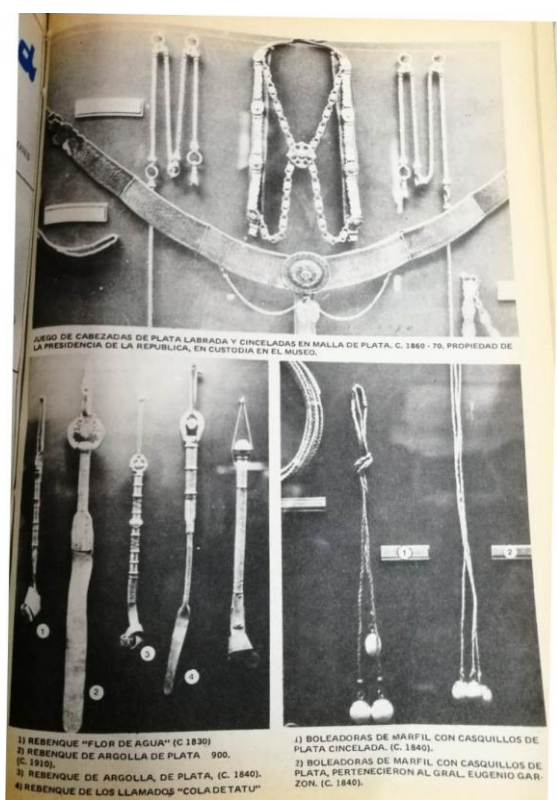
Sector I El Hombre	Sector II El Caballo
El mate y la bombilla	Los aperos ⁽⁶⁾
El cuchillo-El facón	El recado ⁽⁷⁾
El chifle y el vaso ⁽¹⁾	Estribos
Armas de fuego	Pretal
La boleadora	Pechera
Tiradores y botones gauchescos ⁽²⁾	Baticola
Los avios de fumar ⁽³⁾	Freno
Las espuelas	Cabezada
El rebenque	Riendas
El arreador ⁽⁴⁾	El fiador
El desjarretador ⁽⁵⁾	El bozal
La lanza	El maneador-El cabresto
<p>(1) Cuerno vacuno usado como recipiente para transportar líquidos (2) Cintos de cuero adornados con bolsillos y monedas de diversa acuñación (3) Conjunto de elementos que servían a tal fin. Se destaca el yesquero (4) Rebenque de mayor sofisticación técnica asociado a las altas clases rurales (5) Instrumento para cortar el garrón, jarrete, de los vacunos (6) Conjunto de piezas que constituyen el atalaje del caballo (7) Silla de montar, uno de los principales aperos</p>	

Fuente: elaboración propia en base al Catálogo del *Museo del Gaucho-Motivos Populares Uruguayos*, ibídem.

Al mismo tiempo, transitando por una visión totalizadora, integral y continuista de los orígenes nacionales, desde sus fundamentos coloniales, pasando por la eclosión revolucionaria, hasta la consolidación republicana, la muestra recuerda en muchos aspectos el discurso que hiciera Francisco Bauzá a fines del siglo XIX desde *Historia de la dominación española en el Uruguay* (Oddone, 1959). Por consiguiente, partiendo de la preexistencia de la nación, los objetos del MG, ungidos de atributos míticos-glorificantes, se convierten en vehículos vivificantes de la conciencia nacional.

Al ahondar en el pasado para explicar por vía retrospectiva la existencia de la autenticidad oriental, el recorrido por las vitrinas y escenas representativas de la vida gauchesca patentan una constante fluctuación entre la funcionalidad material de los objetos concebidos originalmente y su trascendencia simbólica, fundamentalmente de aquellos que representan los rasgos más salientes de su personalidad exterior como el

cuchillo, la boleadora, el chiripá, la bota de potro y el poncho. Del mismo modo, las múltiples *pilchas* de las diversas épocas históricas, para algunos muy disimiles entre sí, pregonan por una continuidad al amparo del rótulo “*Motivos Populares Uruguayos*”. Es en el devenir entre el gaucho, el paisano y las altas clases rurales donde las pertenencias, un mate colonial de plata, un vaso de tropero de 1830, un facón de 1870 o un mango de arreador con aplicaciones de oro y plata del novecientos, se encuentran emparentados con la “historia” y la “patria”, la vida misma y sus tradiciones, batallando, eso sí, contra las amenazantes “réplicas baratas” y “artificiosas” de una sociedad altamente mecanizada, de gustos cambiantes y masivas migraciones.⁶⁶



Promoción de la apertura del MG por parte de la revista *ARTIGAS*, op.cit., pp.571-90. Objetos en las vitrinas.

⁶⁶ *Museo del Gaucho-Motivos Populares Uruguayos*, ibídem.



En un ambiente sumergido por las proscripciones políticas impuestas por el acto institucional n° 4 que afectaron a los partidos y a más de 15.000 personas, todos los objetos pertenecientes a los referentes históricos, si bien reverenciados como *reliquias*, en la etapa dictatorial cobraron nuevos significados. Fue así que todas aquellas comunidades construidas en base a la continuidad tuvieron que afrontar discontinuidades. De hecho, los propios militares no estaban dispuestos a eliminar los partidos políticos (diferencia con Bordaberry), sino más bien establecer sobre ellos una "suspensión y receso" hasta "sanear" a los mismos, vale decir, separar a los *viejos* y *viciados* cuadros dirigenciales. La nota de prensa del periódico nacionalista, *El País*, alude al cuchillo de Aparicio Saravia, puesto en exhibición por el Museo, 1/9/1979, p. 1.



Cobertura propagandística de la Dinarp. Para el caso de la inauguración del “Museo del Gaucho-Motivos Populares Uruguayos”, la pieza audiovisual fue realizada por la empresa CINEPRENSA, entre otros tantos informativos para cine, en coordinación con la Dinarp.

5.5.El cambio

Los inicios de 1985 serán tiempos de cambios, no solo para el país sino también para el MG. La reapertura democrática disponía la reinstalación de sus instituciones con el regreso de la Asamblea General al Parlamento y la asunción de un gobierno democrático. De igual importancia sería el tema de la amnistía para los presos políticos y para aquellos involucrados en los llamados *delitos de sangre*. Tal vez por ello, para

muchos de los actores políticos de aquel momento, lo que estaba sucediendo dentro del Museo pudo haber pasado desapercibido.

En primera instancia, con fecha 1º de febrero de 1985, el Directorio dispuso trasladar los museos al palacete ubicado en la Avenida 18 de Julio.⁶⁷ Dicho esto, el enfoque no está en condiciones de afirmar, ni siquiera conjeturar, sobre la posible premura de concretar una de las últimas medidas del régimen. Es posible que la instancia corresponda a la mera contingencia del momento. Sin embargo, sí se puede decir, que al menos resulta sugerente, no ya el lugar sino la efervescente coyuntura seleccionada para tales fines. Ahora bien, junto con la mudanza se sustituían las denominaciones “Museo Banco República” y “Del Gaucho-Motivos Populares Uruguayos” por las de “Museo de la Moneda” y “Museo del Gaucho” respectivamente, además de crearse la “Oficina Administradora de Museos y Patrimonio Artístico”. Dentro de sus múltiples cometidos estarían: programar y organizar los museos; planificar actividades pedagógicas y didácticas; promover conferencias y cursillos; proyectar exposiciones transitorias; administrar las piezas no exhibidas; así como realizar certámenes y exposiciones de arte y artesanía.⁶⁸

A continuación, como resultado de las nuevas disposiciones, el Banco decidiría promocionar la reapertura con un afiche publicado en los principales periódicos matutinos del país. Sin embargo, algunas cosas habían cambiado ya que, después del evento, la ensordecedora indiferencia periodística no titubearía en lanzar un claro y contundente silencio lapidario.

Por último, si bien las nuevas autoridades bancarias designadas en democracia reeditarían el catálogo de 1979, la *realidad* continuaría modificándose: el profesor Assunção sería presentado como Curador –la figura del Director había quedado sin efecto– y más trascendente aún, ya no habrían más líneas para la “*orientalidad*”, la “auténtica” nacionalidad y su axiomática identificación con el pueblo rural. Si la coyuntura de 1979 había sido propicia para desplegar tales ideas, la restauración

⁶⁷ De acuerdo al catálogo del MG de 1985, el edificio de tres plantas construido entre 1896 y 1897 puede ser definido como ecléctico, aunque por el origen del arquitecto proyectista (Alfred Massüe) predomina lo francés, en especial el “renacimiento” o neo-clásico francés tardío (post Napoleón III), con marcada influencia italiana en su carpintería, yesería y pinturas en los techos. Su primer propietario fue Heber Jackson, de allí “Palacio Heber”, casado con Margarita Uriarte, quien al quedar viuda se casó en segundas nupcias con Luis Alberto Herrera. Tiempo después fue adquirido por la familia Peirano, pasando a propiedad del Banco de la República, en cuya planta baja ya funcionaba la Agencia Centro de la institución, a principio de los años 80. De acuerdo a lo dispuesto por las autoridades, la obra de restauración y reacondicionamiento para los nuevos fines, respetando el plan original del edificio, fue realizado por el arquitecto Julio Espasandín de acuerdo al programa y proyecto museográfico del profesor Assunção.

⁶⁸ Extracto de Acta de Directorio del Banco de la República Oriental del Uruguay nº 17.136, 1º de Febrero de 1985.

democrática en 1985 auguraría nuevos desafíos y dejaría otros por el camino. Incluso, para los actores políticos destituidos en 1973 que al regresar ocuparon nuevamente sus cargos de responsabilidad, luego del largo paréntesis que paralizó a las instituciones democráticas, no así a la sociedad, encontraron en el fluctuante “ochentismo” una nueva generación de jóvenes con inquietudes muy diversas (Delacoste, 2016).



A poco de la inauguración el presidente Aparicio Méndez visitaba el Museo acompañado de autoridades militares y de la institución bancaria. *El País*, 5 de Setiembre de 1979, p.5.



Portada del libro catálogo confeccionado por el Banco República en 1979 con motivo de la inauguración del Museo.



MUSEOS DEL GAUCHO Y DE LA MONEDA



Reabren sus puertas desde hoy, de lunes a viernes de 13:00 a 18:30 hs. en su nuevo local de la Avda. 18 de Julio 998 y J. Herrera y Obes.



BANCO DE LA REPUBLICA
ORIENTAL DEL URUGUAY



Promoción de la reapertura en la nueva sede. Publicado por diversos diarios el 20/2/1985. La imagen alusiva refiere al monumento "El Gaucho".

6. Reflexiones finales

La tradición en Uruguay proyectada sobre la figura histórica del gaucho y su folclore, luego de la aprobación del ideomito, devino en la atalaya de los sectores conservadores y el entorno militar. Sobre ello, no podemos afirmar que el discurso dictatorial haya sido original. Sin embargo, el mismo procuró penetrar diversas actividades de la vida social acallando las voces discordantes a través de la imposición y el avasallamiento publicitario –cual fiebre historicista– en las múltiples instancias conmemorativas. Los monumentos y museos no quedaron fuera del repertorio cultural.

Así pues, en las diversas representaciones del gaucho –con mayor o menor idealización– estará el pasado y la recreación histórica en el centro de la escena pública. Sus constantes miradas, muchas de ellas nostálgicas y obsesivas, buscarán satisfacer una enérgica demanda de lecturas transmutadas en argumentos políticos.

No le falta razón a Marchesi cuando afirma que algunos temas impuestos por la dictadura a la vuelta de la democracia perdieron visibilidad y legitimidad social, o bien, fueron resignificados en un contexto democrático (2001:136). En efecto, la “Plaza de la Nacionalidad Oriental”, rebautizada oficialmente a partir de 1985 como “Plaza de la Democracia”, fue sustancialmente remodelada en 2014.

Además, como bien demuestra De Giorgi (2002), no podemos confundir tradicionalismo con pasividad y conservadurismo. Las expresiones nativistas y la democracia no son necesariamente antagónicas. “La Fiesta Nacional del Mate” en San José o “La Patria Gaucha” en Tacuarembó son fiel reflejo de un museo “vivo”, a cielo abierto, que busca la recreación patrimonial desde un sentido mucho más amplio, trascendiendo lo material y lo museísticamente tradicional. Las demarcaciones que imponen las solidas materialidades de otras fiestas, al pretender permanecer incambiadas en el tiempo, se ven difuminadas en los campamentos y el ruedo. Así, el modo que se recrea la identidad mediante el homenaje al gaucho es mucho más activo que en otros dispositivos culturales. Sin la solemnidad del bronce, todo se vivencia de forma muy carnal y las variadas costumbres que allí se representan son puestas en uso.

He allí la originalidad de la instancia al plantear otras formas de apelación al pasado y al uso de lo material como estrategia patrimonial. Al respecto, De Giorgi entiende que “*las ceremonias rescatadas aquí son múltiples no solo por la variedad de la temática sino también por la modalidad de participación colectiva al interior de estas asociaciones y festividades*” (2002:86). En su interior todos los protagonistas (grandes estancieros, pero fundamentalmente clases medias y bajas del campo) se hallan directamente involucrados en el desarrollo de la conmemoración.

Al recurrir a otras perspectivas que toman distancia de la visión liberal al analizar el fenómeno social como arcaico, o los marxistas como alienante, recurriendo a Scherer-Warren (1996) en *Redes de movimientos sociales*, no parece irrazonable comprender la “Fiesta de la Patria Gaucha” como una serie de “*luchas tacitas contra las injusticias de las oligarquías tradicionales y del capitalismo moderno*” al rescatar, reafirmar y proyectar su identidad cultural (De Giorgi, 2002:63-4).

Por otro lado, si bien la finalización del trabajo no nos permite seguir ocupándonos del asunto, el clásico museo también ha evolucionado con el tiempo, tanto en la forma, como en su función y concepción de base. Siguiendo a Hernández (2006), el interés del “nuevo museo”, sin intentar suplantarlo, sino más bien complementarlo, se desplazó del objeto a la comunidad y su entorno, más sobre las personas que sobre las colecciones, los edificios o las actividades. En verdad, el museo como lugar de encuentro y aprendizaje dejó de ser un depósito de obras inertes al convertirse en un elemento dinamizador de la cultura y la educación. Todo ello contribuyó al desarrollo de este espacio como realidad plural, dinámica y abierta en un proceso continuo de cambio.

De igual forma, los visitantes de ser invitados anónimos dentro de una institución bastante cerrada pasan a convertirse en participantes activos. Esto ha hecho posible ampliar el concepto mismo de objeto al abarcar todas aquellas realidades, incluso las inmateriales, que pueden ser modificadas y reinterpretadas por el comportamiento cultural humano. De un fin en sí mismo se arriba a un medio de significar algo, o sea, un elemento del lenguaje puesto al servicio de la sociedad a efectos de satisfacer sus propias necesidades. Esto no significa que los objetos carezcan de valor alguno, sino que solo son un instrumento para explicar los modos de vida de un pueblo, si es que alguna vez el atributo estuvo ausente ya que, incluso para las concepciones clásicas, los mismos siempre manejan un dinámico lenguaje simbólico. El cambio radica en la forma y el posicionamiento de cómo acceder a ellos. De ahí que la interacción con la comunidad

deba ser intensa, conmovedora e interpelante para un desarrollo integral, evitando, en la medida de lo posible, caer en la tentación de convertir todo aquello de naturaleza emancipadora en un instrumento al servicio de los gobiernos de turno.

Por esta razón, dado el fuerte impacto de la nueva tendencia sobre los objetos expuestos que representan lo recordado, y el público que encarna lo vívido, Francisca Hernández trata ampliamente el advenimiento del pensamiento crítico a los museos como otra alternativa que acompaña a quienes pretenden trascender el mero reservorio de colecciones, como a aquellos que embisten los clásicos estilos al ver en ellos un instrumento ideológico de las clases dominantes y el poder político (2006:207).

Ciertamente, desde la construcción y búsqueda de la identidad colectiva, los rígidos moldes impuestos a los cimientos del MG por parte de la dictadura al excluir la heterogeneidad y eliminar la disidencia, lejos están, por supuesto, de los nuevos enfoques museísticos.

En última instancia, el nuevo modelo refleja una realidad dinámica consciente de la inexistencia de *“una única forma de museo, válida para todos los demás. Cada comunidad posee unas características diferentes y a cada una, a su manera, atribuye sentido y valor al mundo que le rodea en un momento histórico determinado”* (Hernández, 2006:106).

De cualquier manera, nuestra existencia no solo está rodeada de los objetos que consideramos valiosos exhibir en los museos, altares de aquello que merece la pena ser recordado, sino que muchas veces se define a partir de estos. Dicho una vez más, estas manifestaciones materiales del pasado conllevan un proceso permanente e inherente al ser humano de constante significación de lo que somos, lo que hemos sido y lo que queremos ser. Ahora bien, la aspiración del “querer ser” implica el logro de ideales socialmente establecidos en función de los valores imperantes que representan para quienes deciden voluntariamente vincularse con ellos. De forma análoga a la concepción museística, un contexto de naturaleza cambiante hace ilusorio concebir dichas conexiones como inmutables o eternas (Hernández, 2012:119-120).

Colóquese por caso la relación de estos espacios de culto “a lo oriental” con el turismo. Puesto que, si bien desde las actas del Banco con motivo de la inauguración del MG se promovió la más amplia concurrencia (interna y externa al país), sin olvidar las numerosas exposiciones que se realizaron a nivel internacional, las *pilchas* del gaucho debían estar celosamente custodiadas. No era concebible para el régimen de 1979 asociar

el patrimonio cultural de un país, el “verdadero” y “auténtico”, con los “*meros objetos de curiosidad turística, cual parece ser su languidecente destino actual*”.⁶⁹ Sin poder realizar afirmaciones categóricas, todo parece indicar que el *santuario* del Gaucho como potencial actor en la actividad turística, donde el intercambio patrimonial es en sí mismo factor de conservación y desarrollo cultural, resultaba una quimera de difícil absorción para la época dictatorial.

Para finalizar, cabe decir que las transformaciones para el MG en el empeño por no sucumbir ante el olvido, si bien resultan harto complejas, más no imposibles teniendo presente la firme convicción de muchos de los involucrados por generar un espacio de empoderamiento ciudadano, deberán lidiar con una serie de dificultades que fluctúan entre el desconocimiento y el desinterés. Tampoco podemos olvidar las complejas estructuras emocionales que aún mantienen el estigma por un espacio asociado en sus principios a la represión y el silenciamiento en el afán por preservar el patrimonio cultural.

Con todo, si bien no estamos en condiciones de dilucidar las derivaciones finales de tales desafíos, sí podemos decir que en muchos aspectos continuarán operando como *Memorias de platería criolla*, anidadas en un palacete que proseguirá conservando y difundiendo buena parte de la tradición gauchesca desde el céntrico cemento de la ciudad.

⁶⁹ *Museo del Gaucho-Motivos Populares Uruguayos*, op.cit.

7. Bibliografía

Bibliografía sobre aspectos teóricos

Hernández, Francisca (2006) *Planteamientos teóricos de la museología*, Ed. Trea, Gijón, España.

Hernández Romero, Yissel (2012) Persistencia del pasado a través de los objetos del presente. En *Revista Sociedad y Economía*, n° 23, pp.99-121. Universidad del Valle, Cali, Colombia. Disponible en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=99625425006>. Última consulta, 10 de octubre de 2018.

Hobsbawm, Eric y Ranger, Terence (eds.) (2002) [1983], *La invención de la tradición*, Crítica, Barcelona.

Jelin, Elizabeth (2001) *Exclusión, memoria y luchas políticas*. En Daniel Mato (compilador) *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización*, CLASCO, Buenos Aires.

_____ (2002a) *Los trabajos de la memoria*, Ed. Siglo Veintiuno, Buenos Aires.

_____ (2002b) (Comp.) *Las conmemoraciones: Las disputas en las fechas “infelices”*, Ed. Siglo Veintiuno, Buenos Aires.

Nora, Pierre (2008) *Pierre Nora en Les lieux de mémoire* (selección de textos). Prólogo de José Rilla, Ed. Trilce, Montevideo.

Rilla, José (2008) *La actualidad del pasado. Usos de la historia en la política de partidos (1942-1972)*, Ed. Sudamericana, Debate, Montevideo. Cap. 1 y 2.

Bibliografía histórica sobre Uruguay

Achugar, H. y Caetano, G. (coord.) (1992a) *Identidad uruguaya: mito, crisis o afirmación?* Ed. Trilce, Montevideo.

Olivera-Williams, María Rosa (2000) Modernización y fin de siglo. Naturalismo y criollismo. En Achugar, H. y Moraña, M. (coord.) *Uruguay: imaginarios culturales. Desde las huellas indígenas a la modernidad*, Ed. Trilce, Montevideo.

Assunção, Fernando O. (1963) *El gaucho*, Montevideo, Imprenta Nacional.

Assunção, Fernando O. (1976) *Pilchas criollas*, Montevideo, CNHS.

Assunção, Fernando O. (1978) *El gaucho, estudio socio-cultural*. (2 Vol.). Dirección General de Extensión Universitaria, Montevideo.

Barrán, José Pedro (2004) *Los conservadores uruguayos (1870-1933)*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental.

Caetano, Gerardo (1992b-1993) *La república conservadora, 1916-1929*. (2 vol.). Montevideo, Ed. Fin de siglo.

Caetano, Gerardo y Rilla, José (1987) *Breve historia de la dictadura (1973-1984)*, Montevideo, CLAEH-EBO.

Carámbula de Barreiro, Margarita, “Elías Regules (1861-1929)”, en *Revista del Sindicato Médico del Uruguay*, Montevideo, 1987, pp.7-13. Disponible en <http://www.smu.org.uy/publicaciones/libros/ejemplares/regules.pdf> Última consulta, 20 de Julio de 2018.

Cosse, Isabel y Markarian, Vania (1996) *1975: Año de la Orientalidad. Identidad, memoria e historia en dictadura*, Montevideo, Trilce.

Garganigo, John (1966) *El perfil del gaucho, en algunas novelas de Argentina y Uruguay*, Editorial Síntesis, Montevideo.

Giorgi, Alvaro de (2002) *El magma interior: política, cultura y territorio en la fiesta de la patria gaucha*, Ed. Trilce, Montevideo.

Herrera, Luis Alberto (1910) *La Revolución Francesa y Sud América*, Editorial Sempere y Compañía, Valencia.

Delacoste, Gabriel (2016) El ochentismo. En Giorgi, A. de y Demasi, C. (coord.) *El retorno a la democracia*. Espacio interdisciplinario, UdelaR, Ed. Fin de Siglo.

Lessa, Alfonso (2003) *Estado de Guerra. De la gestación del golpe del 73 a la caída de Bordaberry*, Ed. Fin de Siglo, Montevideo.

Lussich, Antonio (1964) [1872] *Los tres gauchos orientales*, Biblioteca Artigas, Montevideo.

Marchesi, Aldo (2001) *El Uruguay inventado: La política audiovisual de la dictadura, reflexiones sobre su imaginario*, Ed. Trilce, Montevideo.

Monné, Mariana (2014) “*Los rinocerontes*” y el Estado, aproximaciones al campo cultural durante la dictadura en Uruguay (1975-1980) y Chile (1977-1983). Tesis de posgrado (maestría en Ciencias Humanas, opción Estudios Latinoamericanos). Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Udelar, Montevideo. Disponible en <https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/bitstream/123456789/9262/1/Monn%C3%A9%20Mariana.pdf>. Última consulta, 27 de setiembre de 2018.

Nahum, B.; Frega, A.; Maronna, M.; Trochón, Y. (1993) *El fin del Uruguay liberal, 1958-1973*, Montevideo, EBO.

Nahum, B.; Frega, A.; Trochón, Y.; Cocchi, A. (1993) *Crisis política recuperación económica, 1930-1958*, Montevideo, EBO.

Oddone, Juan Antonio (1959) “ODDONE, Juan: La historiografía uruguaya en el siglo XIX. Apuntes para su estudio”, *Humanidades Digitales*. Disponible en <http://humanidades-digitales.fhuuce.edu.uy/items/show/24>. Último acceso, 22 de octubre de 2018

Ordoñana, Domingo (1892) *Pensamientos rurales sobre necesidades sociales y económicas de la República*. (2 v.). Imprenta Rural, Montevideo.

Perelli, Carina (1987) *Someter o convencer. El discurso militar*, CLADE-EBO, Montevideo.

Perelli, Carina; Rial, Juan (1985) *De mitos y memorias políticas*, EBO, Montevideo.

Porrini, Rodolfo (1994) *Derechos humanos y dictadura terrista*. Montevideo, Vintén Editor.

Rama, Ángel (1998) [1976] *Los gauchipolíticos rioplatenses, literatura y sociedad*. Ed. Arca, Montevideo.

Reyles, Carlos (1917) *La muerte del cisne*, Librería Paul Ollendorff, cuarta edición, Paris.

_____ (1932) *El gaucho Florido, la novela de la estancia cimarrona y del gaucho crudo*, Impresora Uruguaya, Montevideo.

Ramírez, Carlos María (1953) [1884] *Artigas*, Biblioteca Artigas, Montevideo.

Real de Azúa, Carlos (2012) [1964] *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo*, 2 tomos, 2da edición. Universidad de la República. Disponible en http://www.universidad.edu.uy/libros/opac_css/doc_num.php?explnum_id=704. Última consulta, 17 de agosto de 2018.

_____ (1969) *La clase dirigente*, Nuestra Tierra n°34, Montevideo.

Rodó, José Enrique (1913) *El mirador de Próspero*, José María Serrano Editor, Montevideo.

Trigo, Abril (1990) *Caudillo, estado y nación: literatura, historia e ideología en el Uruguay*, Ed. Hispanoamérica.

Vidart, Daniel; Pi Hugarte, Renzo (1969) *El legado de los inmigrantes*, segunda parte, Nuestra Tierra n°39, Montevideo.

Vidart, Daniel (2000) *La trama de la identidad nacional*. (3 v.) Montevideo, EBO.

Documentos y publicaciones sobre el Banco República

Carlos Baldoira (2009), *La sede central del Banco de la República. Breve reseña histórica*. Estudio de la Facultad de Arquitectura, Universidad de la República. Disponible en <https://www.portal.brou.com.uy/institucional/el-banco/la-sede-central-del-banco-republica>. Último acceso, 11 de setiembre de 2018.

Catálogos del Museo del Gaucho-Motivos Populares Uruguayos (1979, 1985), Banco de la República Oriental del Uruguay.

Nahum, Benjamín (coord.) (2016), *Memoria histórica de los primeros 114 años de trayectoria institucional del Banco de la República, 1896-2010*, Banco República.

Extractos de Actas de Directorio del Banco de la República Oriental del Uruguay: n° 15.916, 2 de Febrero de 1978; n° 16.215, 28 de Agosto de 1979; n° 16.218, 3 de Setiembre de 1979; n° 17.136, 1° de Febrero de 1985.

Entrevistas

Cecilia Assunção, telefónica (Montevideo: setiembre 2018).

Artículos de prensa

Ángel Rama, “Regules, inventor de la tradición”, Semanario *Marcha*, Año XXII, N° 1051, 24/3/1961, p.24.

Carlos Quijano, “Patria chica y patria grande”, Semanario *Marcha*, Año XXXV, N° 1673, 31/5/1974, p.5.

Emir Rodríguez Monegal, “Acevedo Díaz y Florencio Sánchez, un ilustre desencuentro”, Semanario *Marcha*, Año XIX, N° 902, 7/3/1958, pp. 20-1.

Pedro Figari, “El Gaucho”, *Pegaso* (letras, artes, ciencia), Año II, N° X, abril 1919. T.I, Montevideo, Julio de 1918 a Junio de 1919, pp.367-9.

Daniel Vidart, “Pueblo: fuente etimológicas e historia”, 14/4/2013. Publicado en *UY.PRESS*, agencia uruguaya de noticias. Disponible en <http://www.uypress.net/auc.aspx?39180>. Último acceso 27 de octubre de 2018.

Diario *El País*, “Siqueira: Museo evoca heroísmo de los gauchos”, 1/9/1979, p.1.

Diario *La Mañana*, “El Brou inauguró ayer el Museo del Gaucho”, 1/9/1979, p.5.

Diario *El País*, 5/9/1979. Fotografía, p.5.

Diarios *El País*, *La Mañana*, *El Día*, 20/2/1985. Publicidad.

Revistas

ARTIGAS, revista de la Asociación Patriótica del Uruguay. Director gral. (r) Omar Porciúncula, II época, año 3, n° IV, enero 1980.

El Soldado, publicación del Centro Militar, Montevideo, 1979-1985.

Revista Bancaria, 19 de junio, club de empleados del Banco República. Director, Alfonso Di Landro, año 1, n°1 (1975); año 2, n°2 (1976).

Uruguay al mundo, 1974-1979, Ministerio de Relaciones Exteriores; 1980-1983, Dinarp.

120 años, Sociedad Criolla Dr. Elías Regules, 1894-2014, Montevideo, 2014.